

ASALTO A LAS ESTRELLAS

CLARK CARRADOS

Asalto a las estrellas
Clark Carrados

Espacio el Mundo Futuro/320

CAPÍTULO PRIMERO

La luz de los reflectores caía sobre el brillante casco de la astronave, enfocada al mismo tiempo por los objetivos de tres o cuatro cámaras de televisión y de un par de docenas de cámaras cinematográficas. En la tribuna de la prensa, los periodistas se movían inquietos, mientras la enorme torre auxiliar se retiraba lentamente sobre sus carriles para facilitar la tarea de despegue a la astronave.

Sobre el casco de la misma, podía verse el símbolo de las Naciones Unidas. Debajo y en rotulación vertical, su nombre: «Colombia II». Los operarios y especialistas se retiraban ya a sus blocaos, para protegerse contra la deflagración de los gases que escaparían en el momento de la partida.

La animación, sin embargo, apenas era mucho mayor que en la partida hacia los planetas vecinos de cualquier astronave de carga, o mixta de carga y pasaje. Incluso, la voz del locutor que describía la escena, mientras los megáfonos desgranaban ya la cuenta atrás, sonaba con un tonillo de aburrimiento inequívoco.

—... y éste, damas y caballeros, es el segundo asalto a las estrellas. Como todos ustedes recordarán muy bien, hace dos años se envió una astronave en dirección a la Constelación del Can Menor, mandada como todos saben, por el capitán Hyalikiades. Era el primer intento humano de encontrar un planeta habitable, hecho que no se había realizado jamás por falta de unos motores lo suficiente potentes que, «rompiendo la barrera de la luz»...

»... sin noticias de la «Columbia», que tal era el nombre de la astronave anterior, puesto que los sistemas de comunicación subespacial descubiertos por el profesor Hertz-Knecker, descendiente precisamente de aquel científico que se llamó también

Hertz y que dio su nombre a las ondas de radio, no funcionaron, se llegó a la conclusión de que o bien la «Columbia» había sufrido un grave accidente o bien ocurrió algo que ha impedido a sus tripulantes ponerse en contacto con la Tierra...

»... los informes de las naves-robot enviadas a Próxima y a Alfa del Centauro, soles ambos los más próximos al planeta, a poco más de cuatro años luz, resultaron negativos, por lo que se decidió explorar los alrededores de la estrella más cercana, en este caso, Proción, del Can Menor, a once años luz...

»... fracasado, pues, el primer asalto a las estrellas, asalto, se entiende por medio de una nave tripulada por seres humanos y no una nave-robot guiada a distancia, se decidió el segundo...

»... y éstos son los nombres de los valerosos tripulantes que, bajo los auspicios de las Naciones Unidas, se disponen a zarpar, dentro de escasos segundos, hacia el incógnito infinito...

»Comandante de la «Columbia II»: Jean Letourneur, ingeniero.

»Segundo comandante y copiloto: Rhinnley Boston, navegante.

»Carl Pentsakoff, operador de radio y de las cámaras cinematográficas y grabadoras.

»Ugo Manfredi, geólogo y cocinero.

»Aarki Päavonen, biólogo y botánico, y por último,

»Tom B'mazi, cazador.

»Nuestro distinguido auditorio se preguntará, seguramente, por qué viaja un cazador en la expedición. Esto es muy sencillo: se ignora la clase de mundos que los exploradores encontrarán en su camino. Imagínense que una nave extraterrestre cualquier llega de repente a las inhóspitas y solitarias selvas amazónicas...

»... conserven en su memoria, damas y caballeros, los nombres de estos valerosos exploradores del cosmos, cuyas fotografías acaban de pasar por sus pantallas hace tan sólo unos instantes...

»... ¡Ya va! Allí despega, envuelta en fuego y humo, la «Columbia II», en medio de un atronador estruendo que invade todo el ámbito de la base espacial. ¡Dios os guíe y cuide de vosotros, valerosos astronautas...!

* * *

Dentro de la «Columbia II» el silencio era absoluto, irrumpido

solamente por el lejano rumor de la maquinaria, situada a ciento diez metros de distancia. Una tras otra, las cuatro etapas propulsoras primarias fueron desprendiéndose por desconexión automática, hasta que sólo quedó en el espacio la última fase, un larguísimo huso afilado y de sección circular, de unos cincuenta metros de largo, dotado en su último tercio de unas aletas en delta, a fin de ayudar a los aterrizajes y despegues en lugares dotados de atmósferas gaseosas.

Aquélla era la nave que llevaría a los seis astronautas a través de incontables unidades kilométricas hasta su destino. En pocos minutos había alcanzado, merced a las cuatro etapas propulsoras ya desconectadas, una velocidad terrorífica, cercana a los cien mil kilómetros horarios, y volaba ya raudamente a través de la eterna noche del espacio.

Transcurrió todavía algún tiempo antes de que los ocupantes de la nave se moviesen. De pronto, el comandante Letourneur bajó el brazo derecho y tocó un resorte situado casi en la base de su litera, la cual se convirtió al instante en un cómodo sillón. El copiloto Rhinnley Boston, a su derecha, hizo lo mismo.

Jean Letourneur era un hombre robusto y corpulento, de mediana estatura, cabellos claros y ojos muy azules, cuyos rasgos faciales parecían estar tallados a hachazos en un trozo de madera antigua, tal era el color oscuro que había tomado su epidermis como consecuencia de una casi continua exposición a los rayos solares. A su lado, el copiloto, Rhinnley Boston, un hombre joven y fuerte, de unos treinta y dos años, pelo y ojos oscuros, contemplaba con evidente atención las indicaciones de los instrumentos del panel de mandos.

Los cuatro tripulantes restantes se hallaban sujetos a sus respectivas literas, situadas en dos habitáculos colocados a continuación de la cámara de pilotaje. El comandante alargó una mano y tocó un botón.

—Comandante a todos —dijo con voz clara y precisa—. Estamos en órbita libre. Pueden soltarse. —Se dirigió al copiloto—. Desconecte el control remoto, Boston.

Rhinnley Boston movió una mano.

—Desconectado el control remoto, señor —informó.

—Bien —dijo Letourneur—; ahora, es preciso calcular una órbita

que nos haga pasar por las proximidades de los dos tanques supletorios de combustible, que debemos llevar para posibles necesidades.

—Sí, señor. Lo haré ahora mismo —contestó el joven.

Tocó un botón y las correas que le sujetaban al desprendieron y replegaron automáticamente.

Los demás tripulantes fueron acudiendo a la cámara de mandos, en la cual había espacio de sobra para todos. Se movían con cierta torpeza, debido a la ausencia de gravedad, aunque con anterioridad a aquel vuelo habían realizado otros, con objeto de habituarse a tan raro fenómeno.

—Podría conectar los mecanismos de producción de gravedad artificial —explicó el comandante—, pero ello representaría un consumo extra de combustible y energía y, aunque nuestras provisiones son más que suficientes, prefiero mantener la mayor cantidad posible de reserva en los tanques.

—Es una buena idea —aprobó Päavonen, el biólogo—. Y, ¿cuándo efectuaremos la traslación subespacial, comandante?

Letourneur echó un rápido vistazo a los indicadores.

—Nuestra distancia a la Tierra es aún corta. Hemos de separarnos más todavía, no sólo del planeta, sino del conjunto del sistema solar. Como ustedes saben de sobra —agregó—, los planetas giran en torno al sol en una especie de plano de relativamente poco grosor. Si viajáramos hasta rebasar los límites del sistema, siguiendo una órbita de trayectoria media a través del plano conjunto de las eclípticas, necesitaríamos largos años para rebasar la distancia media de Plutón. Por esa razón despegamos en sentido completamente vertical a dicho plano, con objeto de abandonar cuanto antes los angostos límites de nuestro sistema, que…

La voz de Rhinnley Boston interrumpió de pronto la doctoral explicación de Letourneur.

—¡Comandante! ¡Ya tengo calculada la órbita para el encuentro con los tanques supletorios!

—Muy bien, Boston. ¿Cuál es el nuevo rumbo?

—Dos centésimas de segundo sur, una oeste —contestó el copiloto.

—¿Hemos de amarrarnos de nuevo para esta corrección de órbita? —preguntó el cazador, un gigantesco tanganiqués de piel

color café con leche y rostro inteligente.

Letourneur sonrió.

—¡Oh, no es necesario, señor B'mazi! Los tanques de combustible se encuentran todavía a un millón y medio de kilómetros y la variación de rumbo es apenas perceptible. Claro que, si no realizáramos la maniobra, pasaríamos a centenares de kilómetros de ellos, sin posibilidad de regresar para buscarlos de nuevo. ¡Señor Boston!

—Sí, comandante.

—Conecte el radar conductor. Él nos guiará rectamente hacia los tanques. —Consultó su reloj—. Vamos a cien mil kilómetros por hora, lo que significa que tardaremos todavía casi quince horas en alcanzar nuestro objetivo. Hasta entonces, caballeros, les sugiero que se dediquen al descanso o cualquier otra actividad que les parezca más conveniente.

—En lo que a mí se refiere —dijo Manfredi—, prepararé algo de comer. Si alguno desea tomar un tocado, que lo diga.

B'mazi levantó la mano.

—Me suscribo —dijo, enseñando unos dientes blanquísimos.

—¡Atención! —exclamó Boston de pronto—. Se va a efectuar la corrección de órbita.

—Agárrense a los respaldos de los sillones —indicó Letourneur —. Eso será suficiente.

Un instante después, sonó un agudo pitido. Diez segundos más tarde, la astronave se estremeció un poco.

—¡Corrección efectuada, señor! —anunció el segundo, sin dejar de mirar a la pantalla del radar—. Volamos en línea recta hacia los tanques de repuesto.

—Muy bien. —Manfredi pegó una fuerte palmada en la espalda del tanganiqués—. Tom, vamos a tomar un bocado. Estoy hambriento.

CAPÍTULO II

Catorce horas y media más tarde, el comandante y cuatro de los tripulantes de la nave estaban reunidos en la cámara de mando. El aparato continuaba volando a una velocidad constante, guiado por

el piloto automático que, conectado con el radar, le conducía en línea recta hacia los dos depósitos de combustible, que luego llevarían a remolque en su viaje hasta Proción.

La «Columbia II», una versión mejorada de su antecesora, disponía de toda clase de comodidades, una de las cuales, no la menor, precisamente, era la abundancia de espacio. Así como en otras naves y en otros viajes se había llegado a severísimas prohibiciones, en la presente expedición no había apenas limitaciones para la vida en común, excepto, naturalmente, las derivadas de las mismas circunstancias en que se desenvolvían los pasajeros de la «Columbia II». Pero el acondicionamiento de la astronave era tal que incluso se permitía fumar. Disponían de abundancia de oxígeno y el sistema de aireación y humidificación de la atmósfera interna era perfecto.

—Me pregunto —dijo el operador de radio, Pentsakoff, al cabo de unos momentos—qué diablos pudo ocurrirles a nuestros antecesores. Porque las indicaciones de los cohetes-robot enviados señalaban la existencia de un planeta tipo Tierra, perfectamente habitable. Eran gente muy capacitada y, en lo que se refiere al operador de radio, Aldamir, de quien puedo hablar con conocimiento de causa, era de una competencia magnífica. A menos que la nave se destrozara totalmente en un aterrizaje violentísimo y se estropease hasta el aparato de radio de que llevaban, no concibo a Aldamir sin saber arreglar una avería en el trasmisor subespacial de la «Columbia».

—Hemos de tener en cuenta la misma naturaleza del planeta al cual llegaron —dijo Päavonen de pronto, aspirando con gesto pensativo el humo de su pipa de enebro.

—¿Qué trata de decirnos, profesor? —inquirió Manfredi.

—Las naves-robot detectaron, en efecto, la existencia de un planeta tipo Tierra. Aportaron informes acerca de su atmósfera, perfectamente respirable, y gracias a sus registros sabemos que había también agua en abundancia. Pero, en cambio, no sabemos de la fauna de su superficie y no digamos de su flora.

—Bueno, si hay fieras —dijo B'mazi, abombando el pecho—, yo me encargaré de ellas.

Pentsakoff le dirigió una aguda mirada.

—¿Acaso cree que va a encontrar tigres y leones, Tom? ¿Qué

sabemos nosotros de la clase de seres que habitan en ese planeta?

—¿Y si en lugar de fieras salvajes... fueron seres humanos? —Todos miraron con sorpresa a Päavonen, que era el que había hablado—. La existencia de seres análogos al hombre terrestre, cuando menos en inteligencia, no está descartada ni mucho menos en los otros planetas -decenas de miles de millones- que hay en nuestra Galaxia.

»Imagínense ustedes que esos supuestos seres ingentes, al ver desembarcar la nave, creyeron que iban a ser atacados. ¿No es concebible que, tratando de defenderse, les dieran muerte?

—Pero ellos iban en son de paz —arguyó Manfredi.

—Espere un momento, Ugo —siguió el biólogo—. Piense en usted mismo y en un día cualquiera de los que regresa a su casa después del trabajo. Usted vive en una casita en las afueras, rodeada de un jardín. Al franquear la verja, divisa en el jardín a un hombre que le es por completo desconocido. Su primera reacción es instintiva; no ha nacido ya con usted, sino cuando un antepasado suyo vivía en cuevas y se peleaba con piedras y garrotes con el intruso que quería desalojarle de su habitáculo. Naturalmente, miles de años de civilización harán que usted, sin abandonar sus recelos, no ataque en el acto a ese desconocido, que, a lo mejor, es un vendedor de aspiradoras de polvo o de enciclopedias. Pero si fuera un ladrón, no vacilaría usted en defenderse y defender lo que es suyo, ¿no es verdad?

—En efecto —convino el italiano—. Pero los tripulantes de la «Columbia» no eran ladrones; sus intenciones eran pacíficas...

—¿Y lo sabían los habitantes de ese planeta, Ugo? —preguntó Päavonen.

Manfredi se quedó cortado un instante. Luego, con una mueca, dijo:

—Tal vez, en el primer contacto, cometieron un grave error y...

La voz del copiloto Boston sonó de repente a través de los altoparlantes.

—¡Comandante, estoy listo para salir al exterior y enganchar los depósitos!

—Muy bien —contestó Letourneur por el micrófono—. Ahora mismo voy hacia la esclusa.

Cuando llegó allí, el joven estaba embutido ya su traje de vacío,

al lado de la compuerta interna de la esclusa, que ya aparecía abierta. Boston movió la mano un par de veces y luego dio dos pasos en sentido lateral.

Letourneur cerró la compuerta. Encima de su cabeza se encendió una luz verde, que indicaba el perfecto cierre de la esclusa. Entonces, manejó un control y las bombas aspiraron el aire, haciendo el vacío en la pequeña cámara.

Boston observó al barómetro interno, hasta que vio que la presión quedaba reducida a cero. Entonces, movió la mano.

Unos segundos después, la compuerta exterior se abría de par en par. Al ver el fascinante espectáculo del espacio, sumido en negra noche, pero, al mismo tiempo, iluminado por billones de soles llameantes, se sintió embargado por una emoción indescriptible.

Permaneció unos momentos inmóvil, hipnotizado por la magnificencia del universo. Ni siquiera se dio cuenta de que, aunque estaba de pie, parecía que iba a caerse de un momento a otro en el infinito, tal era la sensación que se percibía desde aquella puerta, que más parecía el brocal de un pozo de una hondura insondable.

La voz del comandante Letourneur resonó de pronto en el interior del casco.

—¡Vamos, señor Boston! —¡Qué ordenancista era el comandante!—. Los tanques de combustible están a la vista y, si no nos damos prisa, rebasaremos el punto de cita.

—Sí, señor —contestó el joven.

Enrollado a la cintura llevaba un finísimo pero sólido cable de nylon, capaz de soportar con facilidad la tensión de una tonelada. Enganchó la anilla del extremo a un gancho del interior de la esclusa y la del extremo opuesto al cinturón de su traje espacial. Luego, hizo una ligera presión con los pies sobre el suelo y saltó al espacio.

El cable se desenrolló poco a poco. Era una sensación maravillosa flotar en el vacío, suspendido en el centro de un universo infinito, moviéndose con aparente lentitud y, sin embargo, desplazándose por el espacio a más de cien mil kilómetros por hora.

Pero su cuerpo se veía obligado a seguir la trayectoria de la «Columbia II», aunque al cabo de un rato, de no haber sido por el cable de sujeción, la débil atracción que la nave ejercía sobre él

habría sido vencida y se hubiera perdido en el espacio, sin remisión. El cable de nylon era, pues, el único nexo de unión que le ataba a la astronave; era la única regla jamás quebrantada por ningún astronauta.

Los cilindros flotaban por encima de su cabeza, enormes, colosales, con casi diez metros de diámetro por cuarenta de longitud, conteniendo en su interior millares de metros cúbicos de supercombustible sólido. La energía contenida en aquellos cilindros era tal, que cada uno de ellos habría sido capaz de proporcionar luz y fuerza a una ciudad de cinco mil habitantes durante un año.

Una vez fuera, Rhinnley Boston sacó la pistola propulsora y la disparó un par de veces, dirigiéndose hacia determinado punto del casco de la nave, al cual llegó segundos después. Entonces, movió un mando en el cuadrante de gobierno del cinturón de su traje espacial y una pequeña corriente activó los electroimanes de sus botas, haciéndole adherirse al casco.

Manejó también el dial de la radio.

—Copiloto Boston llama a comandante. Estoy en el área de conexión.

—Comandante a copiloto. Abro compuerta de cables de conexión.

Al lado de los pies del joven se levantó un trozo de metal de unos sesenta centímetros de cuadro. Dos cables surgieron al instante y se movieron despacio como serpientes al conjuro de la flauta del encantador.

Uno de los cables tenía el grueso de la pierna de un ser humano; era la manguera que trasvasaría el combustible a los motores de la astronave, previa transformación en la propia cámara de licuefacción de que estaba provisto cada tanque. El segundo cable era el de remolque electromagnético, y su grosor era de unos cinco centímetros.

Los dos cables estaban unidos por unas abrazaderas semejantes a unas esposas policiales con unión rígida. Boston tomó el brazo de unión con una mano y con la otra manejó la pistola propulsora. De este modo, «ascendió» hasta situarse junto a uno de los gigantescos cilindros que parecía flotar inmóvil en el vacío.

Buscó la cámara de conexión y levantó la tapa. Los cables se desenrollaban fácilmente, por mando remoto desde el interior de la

astronave. La conexión se realizó en unos pocos segundos.

—Conexión efectuada —dijo—. Sugiero realizar una comprobación de trasvase y de conexión de corriente.

—Muy bien —aprobó el comandante.

Un minuto después, Letourneur anunciaba:

—Las conexiones funcionan muy bien. Ha hecho usted una buena tarea, señor Boston. Ahora, enganche el segundo tanque.

—Sí, señor.

De nuevo realizó la misma operación con el otro depósito. El cable electromagnético, aparte de servir para remolcar los tanques, servía asimismo para comunicar al pequeño motor auxiliar de que éstos iban dotados de la energía necesaria para la traslación subespacial que los llevaría en cuestión de horas a las cercanías de Proción. Asimismo, cada cilindro estaba provisto de un pequeño sistema propulsor, que podía ser activado manualmente o por control remoto, con objeto de situarlos en una órbita circular en torno a cualquier cuerpo celeste, ya que era imposible hacerlos descender a tierra. Era aquélla una operación muy compleja y llena de dificultades, que habían debido ser vencidas a lo largo de innumerables días de trabajo arduo y extenuante. En aquellos momentos, Rhinnley Boston estaba ejecutando las últimas fases de aquel trabajo.

Al cabo de un rato, llamó por radio al comandante.

—Todo listo, señor.

—Muy bien. Puede regresar a la nave, señor Boston. Ha hecho usted una labor espléndida; ésta es la verdad.

—Gracias, comandante.

Boston disparó un par de veces la pistola propulsora. El retroceso causado por el original aparato le impulsó con suavidad hacia la nave, situada a unos cuarenta metros por «debajo» de los tanques de combustible.

Mientras se acercaba a la «Columbia II» contempló, con cierta complacencia íntima, las esbeltas líneas de la nave, de aspecto clásico, dado que debería volar también en atmósferas de gas, con el afilado morro pintado de un vivo color naranja y el resto en un brillante plateado que refulgía a la luz del Sol con destellos inigualables. Vio también los círculos de vidrio de las escotillas, a través de los cuales era contemplado, a su vez, por los demás

tripulantes de la nave y agitó despacio una mano, embarazado por el traje espacial, en señal de saludo.

Contó seis rostros. Perfecto, se dijo; todos estaban a bordo.

Tardó algunos segundos en darse cuenta de que, si veía seis caras y él se hallaba en el espacio... ¿a quién demonios pertenecía el sexto rostro?

Entonces, después de unos instantes de aturdimiento, llegó a una sencilla pero arrasadora conclusión. Y se sintió tan excitado, que no pudo, por menos de expresarla por medio de un estentóreo grito:

—¡Comandante, hay un polizón a bordo!

CAPÍTULO III

Cuando Rhinnley Boston pudo entrar, al fin, en la astronave, se encontró con un jaleo espantoso.

El polizón luchaba denodadamente con dos o tres de los tripulantes que pretendían reducirle a la impotencia, mientras gritaba como un condenado a muerte descontento de su sino. De no haber sido porque era provocada por un extraño en la «Columbia II», la lucha habría parecido risible, ya que, al carecerse de gravedad, el grupo subía y bajaba sin descanso, en medio de un impresionante revoltijo de piernas y brazos, del que salían sin cesar toda suerte de reniegos, imprecaciones e insultos del más variado género.

Haciendo un esfuerzo, Rhinnley pudo darse cuenta de que el comandante Letourneur no figuraba en el grupo de contendientes. Lo vio al fin, un poco más allá, entregado al cuidado de un ojo que se amorataba cada vez más. Rhinnley tuvo que contenerse para no soltar la carcajada.

La lucha cesó de pronto, al parecer por agotamiento del polizón. Entonces, sus captores descendieron al suelo de la nave, y el joven pudo ver, con gran asombro por su parte, que se trataba de una mujer.

Se quitó con presteza el casco espacial, ya que le impedía captar con claridad los sonidos. Examinó a la mujer con rápida mirada.

Era joven, unos veintisiete años, alta y delgada, pero no huesuda, de formas compactas aun en su esbeltez, mostrando en

todo momento inequívocamente su condición femenina. La fina camisa que vestía se amoldaba a la suave curva de los senos, firmes y erguidos; y el torso se enlazaba a sus caderas de ánfora por medio de un talle de delgadez y flexibilidad increíbles. El resto de su indumentaria estaba compuesto por unos pantalones azul oscuro y unas sandalias. Tenía el cabello castaño, cortado casi como el de un muchacho y en sus ojos claros, rasgados, resplandecía un relumbre de cólera.

—¡Ustedes no tienen derecho a tratarme así, como a un criminal! —gritaba en aquellos momentos—. ¡No es lo mismo quebrantar unas normas que cometer un grave delito!

—¡Cállese, señorita! —tronó en aquellos momentos el comandante Letourneur, acercándose al grupo. Tenía su pañuelo sujeto al ojo golpeado—. Su actitud es indigna...

—¡No me insulte, estúpido! —chilló ella—. ¡Quiso golpearme antes, cuando me descubrió en el depósito de víveres! ¿Qué manera es ésa de comportarse con una dama?

—¡Usted no es una dama! —bramó Letourneur, rojo de cólera—. Usted es...

—Por favor, comandante —intervino Boston en aquel momento, temiendo una agravación de las circunstancias—. Los insultos y palabrotas mutuas no conducen a ninguna parte. Sería mejor que examináramos los hechos con toda frialdad, ¿no le parece?

Los ojos de Letourneur despedían cólera. Boston empezó a pensar que tal vez los «tests» de prueba para elegir al comandante de la «Columbia II» no habían dado el resultado apetecido. Pero desvió su atención de aquellos pensamientos, centrándola en la situación presente.

—Muy bien —contestó el comandante. Volvió los ojos hacia la joven—. En primer lugar, ¿quién es usted?

Ella se soltó de las manos de B'mazi y de Manfredi con gesto brusco.

—Me llamo Omega Hyalikiades —contestó con sequedad.

—¡Hyalikiades! —exclamó Boston, atónito.

El asombro al oír aquel nombre fue general.

—Así es —respondió ella, sin abandonar su cara hosca—. Soy la esposa del comandante Hyalikiades, capitán de la anterior «Columbia».

—Y —dijo Manfredi, gesticulando con las manos, como buen italiano—, en vista de que esta nave va a ver qué le pasó a la otra, usted decidió agregarse a la expedición por su cuenta y riesgo.

—Es cierto —reconoció la joven, cruzando los brazos bajo el seno, con evidente gesto de desafío—. Y ahora que me han descubierto, ¿qué van a hacer conmigo? ¿Lanzarme por una escotilla al vacío sin escafandra protectora?

Letourneur se pasó la mano por la cara.

—Un polizón, Dios mío. Esto era algo que no podía esperarme en absoluto —masculló. Luego, mirando a la joven a través de los dedos, preguntó—: Pero, ¿cómo diablos consiguió introducirse en la nave?

—Trabajaba en Camp System —respondió ella—. Ustedes despegaron de ese astropuerto, ¿verdad?

—Oh, no —se lamentó el comandante—. Esto es demasiado ya. ¿Qué dirán de mí..? —De pronto, se alarmó vivamente—. Pero ¿qué va a pasar con la cuestión de los víveres? Una boca más...

Omega Hyalikiades sonrió con malicia.

—Yo era la encargada del suministro de pertrechos a la nave, comandante, así que no se preocupe. Hay comida, agua y oxígeno suficientes para siete personas durante meses.

—¿Y los datos de peso y demás, que eran necesarios para el despegue? —preguntó el joven, quien, como copiloto, estaba encargado de la navegación—. ¿Quién demonios los falseó?

—Nadie —contestó ella—, puesto que se hicieron a base de siete personas. Incluso —añadió con notoria desenvoltura— embarqué para mí un traje de vacío por si lo necesitaba. Por otra parte, la «Columbia II» posee una potencia remanente de despegue suficiente para elevar un treinta por ciento más del peso calculado, sin esfuerzos necesarios. Perdone que diga esto, comandante, pero tengo motivos para saberlo; a fin de cuentas, no podemos olvidar que estaba en las oficinas ejecutivas.

Letourneur parecía al borde de una congestión.

—De modo que ahora, nos guste o no, hemos de llevarla con nosotros.

—A menos que me arroje al espacio, comandante —replicó ella sin inmutarse.

—No soy un salvaje —gruñó el comandante—. Pero, al menos,

ya podía haber avisado...

—¿De qué? —le interrumpió ella con acento sarcástico—. ¿De que pensaba embarcar como polizón? No me haga reír, comándame. Puedo serles útil; no soy mala cocinera y conozco el manejo de algunos instrumentos...

—¡No! —chilló Letourneur—. Nada da eso, señora Hyalikiades. Usted permanecerá encerrada en su habitación hasta el término del viaje. No hay cosa peor que una mujer sola entre hombres...

—¡Está diciendo estupideces, comandante! —gritó Omega, muy enfurecida—. ¿Por quién me ha tomado usted, pedazo de imbécil? ¿Acaso piensa que voy a corretear día y noche detrás de sus tripulantes? Haga el favor de tener de mí un concepto algo más elevado y no concebir, y mucho menos expresar en voz alta, ideas que yo considero injuriosas y difamatorias para mi dignidad.

—Muy bien —contestó Letourneur, rojo de vergüenza, pero, al mismo tiempo, irritado al máximo—. Le pido perdón, señora. Sin embargo, no hay que olvidar que soy el comandante de la nave y que estoy en mi perfecto derecho al tomar ciertas medidas de seguridad en interés del bien común. Por lo tanto, usted permanecerá encerrada en su habitación hasta nueva orden.

—¿Qué habitación, comandante? —preguntó Rhinnley de pronto —. Sólo hay tres cabinas con dos literas cada una. Ciertamente, espacio no falta en la nave, pero la señora Hyalikiades —miró de soslayo a la joven mientras hablaba—, no calculó que era preciso contar también con la necesidad del sueño, además de las de la comida y respiración. ¿Dónde pensaba dormir usted, señora?

Ella se quedó cortada, mirándole con expresión de infantil sorpresa.

Boston meneó la cabeza.

—¡Estas mujeres! —dijo—. Comandante, en lo que a mí se refiere, puedo dormir en las literas extensibles antiaceleración.

—Yo dormiré también en otra litera semejante —se ofreció Manfredi galantemente—. Así queda una cabina libre para la señora Hyalikiades.

—Son ustedes muy amables, caballeros —dijo ella, sonriendo. Luego, su gesto se endureció—. Más que su comandante, desde luego.

—¡Señora! —rugió Letourneur.

La situación continuaba siendo explosiva. Boston se dio cuenta de que, aunque los restantes pasajeros de la nave se sentían encantados con la perspectiva de la presencia de la joven, que sin duda aliviaría no poco la inevitable monotonía del viaje, las intemperancias del comandante podían provocar un estallido de imprevisibles consecuencias. En vista de ello, cogió a Omega por el brazo y se la llevó de allí.

—Venga a mi cabina, señora —invitó en tono conciliador—. De momento, quédese allí y luego ya veremos de revocar las órdenes del comandante.

—No lo hará —contestó ella.

—¿Por qué?

—Ya le dije que estaba en las oficinas ejecutivas. Tuve ocasión de examinar los «tests» de todos ustedes. Una selección rigurosa basada en los medios empleados para la elección de cada puesto de la nave, habría descartado a Letourneur en el acto.

—¡Demonios! —masculló el joven—. ¡Eso sí que es nuevo para mí, señora!

—El mando de la «Columbia II» se debe a influencias, señor Boston —manifestó Omega—. De todos los candidatos a comandante de esta nave, Letourneur hacía el último de la lista. Pero de algo ha de servir tener un hermano suprasenador mundial.

—Entiendo —contestó él, sumamente pensativo. Ya habían llegado a la cabina y abrió la puerta—. De todas formas, en lo que se refiere a la parte técnica, no puedo tener queja de él.

—Los «tests» que se hicieron no fueron sólo sobre conocimientos astronáuticos, sino físicos y psíquicos, como se le hicieron a usted también para segundo de esta nave —contestó ella—. Los psíquicos de Letourneur no dieron el resultado apetecido.

—¿Qué decían los informes? —preguntó él, muy interesado en lo que le estaba contando la muchacha—. Es decir, si puede contestarme a ello.

—Oh, sí, claro que sí; a fin de cuentas, ya no estoy en la oficina y no tengo por qué guardar el secreto profesional. Pues muy sencillo: que carece de aptitudes para el mando, por ser nervioso, impulsivo, demasiado influenciable y mucho más irritable, como, con toda seguridad, habrá podido comprobar ya. En lo que a mí se refiere —agregó Omega—, estuvo a punto de golpearme cuando me

descubrió en el pañol de los víveres. No hablemos ya de las procacidades que me dijo. ¿Por qué se cree que tiene el ojo amoratado?

Boston sonrió primero. Pero luego se sintió preocupado. Si lo que decía Omega era cierto, y no parecía tener razón especial alguna para mentir, los conflictos no tardarían en surgir. Hubieran surgido igual, se dijo, aunque la joven no hubiese embarcado como polizón en la astronave.

—Muy bien —dijo—. Trataremos de mantenernos en guardia, señora Hyalikiades. Y ahora, satisfaga mi curiosidad. ¿Por qué embarcó en la nave?

—Mi esposo era el comandante de la anterior «Columbia» —dijo ella, mirándole con fijeza—. ¿No le parece suficiente motivo?

—Nosotros vamos precisamente a eso, a saber qué les ocurrió a nuestros predecesores —contestó Boston.

—Sí, pero da la casualidad de que el comandante Kristos Hyalikiades era mi esposo.

—¿Era? —preguntó Boston con intención.

El semblante de la hermosa joven se crispó unos segundos.

—Esta expedición se organizó para saber si mi marido y sus acompañantes «eran» o siguen «siendo» —contestó en el mismo tono.

—Muy bien, tiene usted razón. Y no crea que no la admiro por su decisión, señora. En plan oficial, debo reprochar su acción. —Sonrió—. Como simple particular, la felicito.

Ella sonrió también y su hermoso rostro adquirió un aspecto distinto.

—Gracias, segundo.

—Llámeme Rhinn, a secas —dijo el joven—. Así lo hacen todos mis amigos.

—Mi nombre es Omega, Rhinn.

—Omega —repitió él pensativo—. ¡Qué nombre tan raro! Es el de la última letra del alfabeto griego. ¿Por qué le pusieron ese nombre?

—Mis padres tuvieron catorce hijos, todas hembras. Mi padre estaba desesperado, porque deseaba un varón y no pudo conseguir sus deseos. Murió meses antes de nacer yo, en un accidente, y entonces, mi madre, que le amaba mucho y que juró no casarse

más, me puso ese nombre. Su última hija.

—Entiendo —dijo Boston—. Bien…

El vozarrón del comandante Letourneur se dejó oír de repente a través de los altoparlantes.

—¡Señor Boston! ¡Persónese en el acto en la cámara de mandos!

Ella le empujó con suavidad con una mano.

—Ande, vaya pronto; la fiera ruge impaciente, pidiendo su ración de carnaza —murmuró ella en tono bajo.

Boston se echó a reír. Luego, embarazado por el peso del traje de vacío que aún no se había quitado, echó a andar hacia la cámara de mando, dispuesto a soportar la rociada con que, sin duda, se disponía a obsequiarle el comandante de la «Columbia II».

CAPÍTULO IV

Los seis tripulantes de la nave estaban sentados en torno a una mesa, sobre la cual se hallaban extendidos varios diagramas y fotografías. Letourneur, en su calidad de comandante de la nave y de la expedición, presidía la reunión.

—Aquí hay fotografías tomadas por las naves-robot que viajaron hasta las inmediaciones del planeta donde desapareció la anterior expedición. No son muy claras, aunque se pueden captar numerosos detalles de su superficie.

»Como verán, hay una larga cadena de montañas, cuya altitud media podemos estimar en unos doce o catorce mil metros, la cual corre en dirección norte-sur, aproximadamente, durante unos novecientos cincuenta kilómetros.

»Al este de la cordillera se divisa un vasto océano. Para llegar a él, suponiéndonos al pie de la cordillera, deberíamos recorrer un espacio de cincuenta o sesenta kilómetros. Los detectores de infrarrojos no captaron elevaciones anormales de la temperatura, que habrían indicado, sin duda alguna, la existencia de ciudades; los complejos industriales y las aglomeraciones humanas son señaladas por tales detectores.

»Así pues, es razonable suponer que el planeta está desierto, al menos en lo que a seres inteligentes se refiere. Ahora bien, la cuestión es: ¿hay seres vivos? Se advierten manchas verdes que

indican la existencia de vegetación. El verdor delata la clorofila y esta sustancia no se produce en una atmósfera distinta de la terrestre. Normalmente, donde hay vegetación, suele haber también seres vivientes. Lo que no sabemos, sin embargo, es su posible grado de desarrollo. ¿Qué opina de ello el biólogo?

Päavonen se acarició la barbilla con gesto pensativo. Luego, mientras cargaba su vieja pipa, contestó:

—Es imposible dar una respuesta exacta, comandante. Al parecer, el planeta se halla en un grado de evolución comparable al de la Tierra en los tiempos de la aparición del primer ser humano. Entonces, había animales de todas clases, terrestres y acuáticos, y pájaros, por supuesto; pero no puedo atreverme a afirmar qué es lo que hallaremos en ese planeta a nuestra llegada: si al hombre de Cromañón o, por el contrario, una humanidad ya decadente y en franca descomposición, precisamente por exceso de civilización.

—Muy bien. Según usted, profesor, hallaremos, por lo menos, animales —afirmó Letourneur.

—Si son salvajes, déjelos de mi cuenta, patrón —dijo B'mazi con orgullo.

Los ojos de Letourneur chispearon.

—Comandante, si no le importa, señor B'mazi. El término patrón es impropio y contrario a la disciplina.

—Oh, vamos, vamos —gruñó el cazador—. No somos militares, comandante; no es preciso tomarse las cosas tan en serio.

—Yo sí me las tomo, señor B'mazi —contestó Letourneur en tono enfático, casi pedante—. Y al igual que doy a todos ustedes el tratamiento adecuado, exijo que se me dé el que corresponde a mi rango.

—¡Tonterías! —resopló B'mazi en tono despectivo.

Boston se dio cuenta de que la discusión amenazaba con degenerar en algo peor, si el tanganiqués continuaba irritando a Letourneur. Ello le decidió a intervenir.

—Por favor, comandante, prosiga usted —le dijo.

—Está bien. —Letourneur dirigió a B'mazi una áspera mirada y, después de algunos segundos de silencio, continuó hablando—: Hacia el oeste de la cordillera se aprecia una enorme extensión de terreno llano, con escasas ondulaciones de poca altura, las dimensiones de cuya área pueden cifrarse en una extensión de

treinta o cuarenta mil kilómetros. Se ven en esa planicie varios ríos caudalosos, algunos de los cuales confluyen hacia el oeste, sin que se llegue a precisar dónde desembocan, dado que las cámaras fotográficas no pudieron captar más detalles. No obstante, es obvio suponer que debe de haber otro mar en aquella dirección, aunque esto, de momento, no nos interesa, ya que pienso aterrizar en la zona situada entre la cordillera y el océano. Hay también algunos ríos y creo que nos conviene acampar en las proximidades del mar...

—Yo acamparía en el otro lado, comandante.

Letourneur se quedó con la boca abierta. La voz de Omega Hyalikiades acababa de irrumpir en la estancia a través de un altoparlante.

—¿Quién demonios le ha dado permiso a usted para intervenir en esta discusión, señora? —rugió.

—Estoy oyendo todo desde mi encierro, comandante —replicó ella con notable tranquilidad—. Y, permítame que le dé un buen consejo: aterrice en la planicie occidental.

—¿Por qué, si puede saberse?

—Porque en el sitio donde proyecta usted tomar tierra hay fieras salvajes.

Hubo una explosiva pausa de silencio. De pronto, Boston se puso en pie y dijo:

—Traeré aquí a la señora Hyalikiades para que nos explique cómo está enterada de la existencia de esas fieras.

Y echó a andar, antes de que el estupefacto Letourneur hubiese tenido tiempo de reaccionar.

Volvió con la joven un par de minutos después. Omega se había cambiado de indumentaria y ahora vestía un traje análogo al de los demás astronautas: un monopieza de tejido flexible, que se acomodaba fácilmente, sin esfuerzo ni presión alguna, a todas las tallas y corpulencias, de vivo color anaranjado. Las formas de la joven quedaban modeladas por el traje, cuya contemplación provocó un par de silbidos procedentes de los labios de Manfredi y B'mazi. Pentsakoff y Päavonen no dijeron nada, pero sus ojos lo expresaban todo.

—¿Y bien, señora? —gruñó Letourneur—. ¿Cómo sabe usted que hay fieras en esa región?

—Porque lo comunicó mi esposo —contestó ella sin titubear.

—¿Que lo comunicó su...? ¡Oh, qué fantasía! —barbotó Letourneur—. ¿Cómo es que no se nos informó de la existencia de tales bestias salvajes?

—Le diré, comandante. Mi esposo envió un mensaje, describiendo la región y diciendo que cambiaban el campamento al lado occidental, debido a que habían sufrido un par de ataques de dichas fieras, cuyas características no describió, ya que el mensaje era muy conciso, cuyos ataques habían costado ya la vida a dos de sus tripulantes. Esperaba que en la otra región se encontrarían con menos peligros... pero aquí se cortó ya el mensaje. Ignoro qué sucedió después. No ha habido más comunicaciones de la «Columbia».

Letourneur se golpeó el pecho con cierta violencia.

—¡Debieron informarme de lo sucedido! —gritó descompuesto—. ¿Por qué no lo hicieron?

Omega se encogió de hombros.

—Lo ignoro. Yo era sólo una oficinista... aunque cabe también que el mensaje quedase en algún lugar ignorado, traspapelado, si vale la pena decirlo. Lo único que puedo decirle es que este detalle se descubrió precisamente la víspera de la partida de la «Columbia II».

—Bueno, había tiempo de que nos lo comunicaran —terció Rhinnley.

Omega le dirigió una extraña mirada.

—Es que fui yo quien lo encontró.

Los dientes de Letourneur crujieron.

—¡Y tuvo la desfachatez de callárselo! ¿Por qué? —tronó—. ¡Exijo una explicación, señora Hyalikiades!

—Es muy fácil, comandante. Quería ir en busca de mi esposo y temí que se suspendiera la expedición. Ese planeta podría haber sido considerado hostil, no apto para la civilización, y entonces se hubiera resuelto explorar otros mundos situados en distintos sistemas estelares. Tal vez mi esposo esté vivo todavía y esperando una expedición de rescate, que acaso no hubiera llegado nunca, de haber hecho público ese mensaje.

—Pero podía haberlo dicho antes —objetó Päavonen.

Omega volvió la vista hacia el biólogo.

—¿Y qué hubiéramos ganado con ello? Es ahora cuando estamos

ya cerca del planeta, cuando conviene que se sepa que hay fieras. Quizá, de haberlo dicho antes de efectuar la traslación interestelar, el comandante Letourneur habría dado orden de regreso a la Tierra.

—¿Por quién me ha tomado usted señora? —gruñó el aludido—. ¿Es que no se ha dado cuenta de que ya llevamos un cazador experto, para defendernos de cualquier clase de bestias salvajes?

—Por supuesto —admitió Omega—. Y debo decir que es una magnífica idea. Pero no sabemos con qué clase de seres vamos a encontrarnos, comandante. Por tanto, puesto que si sabemos que en determinada región del planeta hay fieras, es recomendable aterrizar en el lado opuesto, donde se supone que no las hay.

Hubo un momento de silencio. De pronto, Päavonen dijo:

—Encuentro extraño que los detectores de infrarrojos de los cohetes-robot no hayan captado la presencia de seres vivientes. El calor de un solo animal no habría influido en los detectores, pero donde fieras salvajes, hay también animales mansos que sirven de alimento a aquéllas. Y, por regla general, los animales mansos son gregarios y tienden a agruparse en rebaños, con el fin de organizar su defensa con el número, supliendo así la debilidad de sus órganos anatómicos. Recuerden —prosiguió—, los grandes rebaños de bisontes de las praderas de Norteamérica hace trescientos años, las manadas de caballos salvajes, los rebaños de ovejas… La sensibilidad de los detectores hubiera captado, sin duda alguna, la existencia de una agrupación de animales compuesta, por lo menos, de un centenar de ellos.

—Y las observaciones, registradas automáticamente —dijo Boston—, no indicaban la menor presencia de animales vivientes.

—Tal vez —apuntó Manfredi— son anfibios y viven en el mar, aunque pueden salir y permanecer fuera del mismo largos períodos, pero no en forma habitual.

—Es una hipótesis razonable, Ugo —admitió Päavonen.

Se hizo otra vez el silencio.

—Bien, comandante —dijo Manfredi, al cabo—, ¿dónde aterrizamos?

Letourneur se mostraba indeciso. Rhinnley lo observó y se dio cuenta de que se sentía a disgusto al aceptar las indicaciones de la joven.

—Muy bien —exclamó después de unos momentos de reflexión

—, aterrizaremos al oeste de la cordillera.—Señaló un punto con el lápiz—. Aquí o en sus inmediaciones quiero decir, donde encontremos una planicie lo bastante extensa para el aterrizaje.

—Conforme. —Boston se puso en pie—. Señor, con su permiso, creo que sería conveniente establecer ya las órbitas de los tanques supletorios. Dentro de dos días, nos hallaremos en situación de tomar tierra en el planeta.

—Aprobado —concedió Letourneur, malhumorado. Y, en el mismo tono, añadió—: Mis órdenes con respecto a la señora Hyalikiades no han variado, señor Boston.

—Con permiso, capitán —objetó el joven—. Creo que, puesto que hemos llegado ya o estamos a punto de llegar a nuestro destino, debiera permitir que la señora...

El rostro del comandante se enfureció de pronto.

—Señor Boston —dijo, conteniendo su ira a duras penas—: Cuando doy una orden, no acostumbro a rectificarla jamás, porque antes la he meditado muy bien. ¿Ha comprendido usted lo que trato de decirle?

El joven hizo un esfuerzo para conseguir dominarse.

—Sí, señor —contestó. Y luego se echó a un lado—. Tenga la bondad de acompañarme, señora.

Rhinnley Boston y la joven se encaminaron hacia la cabina que ocupaba aquélla. Una vez en la puerta, ella le dio las gracias.

—Ha sido usted muy gentil al tomar mi defensa —sonrió—. Otra vez, no lo haga, se lo recomiendo.

El pecho del copiloto se dilató.

—¡Ese hombre! —gruñó—. Es mi jefe, pero, aun así, hay cosas a las cuales no tiene derecho. Hasta ahora, el viaje se ha realizado con toda felicidad. No veo, pues, por qué ha de mantenerla encerrada.

—Manías —contestó ella sonriendo y en tono de buen humor.

Pero Boston no sentía el menor deseo de sonreír.

—A veces... —murmuró—. Yo diría que el comandante Letourneur siente un complejo de frustración, algo así como si un sentimiento subconsciente le impulsara a mostrarse déspota y autoritario...

—Un psicólogo —dijo la joven— llamaría a eso fetichismo de la jefatura, es decir, el ansia de mostrar siempre, en todo momento y

en cualquier circunstancia, que él es el jefe, por encima de cualquier otra consideración. Por lo demás, no debe tenérsele en cuenta más que lo que estrictamente significa en sí.

—Desde luego —convino Boston—, pero usted manifestó que los «tests» psicotécnicos no le habían resultado demasiado favorables. Esto es algo que me preocupa, como puede comprender.

—Son «tests» hechos por humanos, pese al auxilio de las máquinas —alegó la joven—. Esos «tests» se refieren siempre, conviene no olvidarlo, al futuro comportamiento de una persona, teniendo en cuenta sus distintas características somáticas, psíquicas y, no hay que decir, sus conocimientos técnicos de toda índole. Pero, por muchas vueltas que se le den, el carácter humano es y será siempre un arcano indescifrable. Los «tests» dijeron que el comandante Letourneur se portaría de esta y de aquella manera, pero especulaban con un ser humano, no con una máquina. ¿Comprende lo que quiero decirle?

—Sí —suspiró él. Y agregó—: Al menos, hay que reconocerle que nos ha traído hasta la vecindad del planeta sin el menor contratiempo.

—¿Lo ve usted? —sonrió ella—. El comandante Letourneur tiene su genio, como cada quisque, eso es todo. Lo que pasa es que a él le gusta sacarlo a relucir más que a otros y eso no tiene importancia, si se mira bien.

Boston sonrió.

—Debiera oír la defensa que hace usted de él, Omega.

—Me gusta ser sincera, simplemente, Rhinn. Bien, hasta luego; he de volver a mi mazmorra.

—Adiós —se despidió el joven.

Cuando la puerta se hubo cerrado, permaneció meditabundo unos momentos. Una magnífica mujer, pensó. No todas habrían tenido el valor suficiente para introducirse de modo clandestino en una nave cuyo destino final era vago e incierto. En verdad, el capitán Hyalikiades era un hombre afortunado, concretó consigo mismo.

Y luego se preguntó, con gran preocupación, de qué clase serían las fieras que habían atacado a los tripulantes de la «Columbia». Pero esto no podrían saberlo hasta que hubiesen puesto el pie en el planeta.

CAPÍTULO V

La astronave sufrió el último estremecimiento y luego se quedó quieta.

Durante unos momentos, los ocupantes de la cabina de control permanecieron en silencio, contemplando extáticos el radiante panorama que se extendía ante ellos.

A todos les parecía mentira haber llegado a un planeta distinto al suyo.

Unas nubes blanquísimas, resplandecientes con el fulgor de Proción y su compañera, una estrella enana blanca de 10ª magnitud, que derramaban raudales de luz y de calor en el espacio, flotaban perezosamente en una atmósfera de una transparencia y limpidez extraordinarias. Muy a lo lejos, aserrando el cielo con sus nevadas crestas, se divisaban las montañas de la cordillera que todavía no había recibido nombre, como ninguno de los accidentas geográficos del planeta, ni aun éste mismo, hasta que lo hubiese determinado la comisión geopolítica de las Naciones Unidas.

Más próximas a la astronave, se divisaban unas suaves ondulaciones del terreno, lomas redondeadas cubiertas de verdor y extensas llanuras de una fertilidad asombrosa, aunque la vegetación que se advertía, distinta en muchos aspectos a la terrestre, no tenía, ni de lejos, la apariencia ni la confrontación de las selvas tropicales. El césped, abundantísimo, parecía ser el elemento más común, alternado con unos arbustos en los cuales crecían unas flores de una belleza maravillosa y unas tonalidades cromáticas realmente atractivas.

Los árboles tenían el aspecto de naranjos terrestres, aunque, por término medio, su altura y dimensiones eran algo mayores que el doble de la media de dicha especie arbórea. Había una infinidad de dichos árboles, agrupados a capricho; tan pronto formaban frondosos bosquecillos, como se veían aislados o en pequeños grupos, sin regla ni orden alguno.

Más allá, a unos doscientos cincuenta metros de distancia, se divisaba una mansa corriente de agua, que serpenteaba entre una vegetación casi paradisíaca. Pero lo que más sorprendió a todos los

expedicionarios fue la singular simplicidad de los colores, su rotundidad cromática, en donde apenas se percibía degradación alguna en los distintos tonos; daba la sensación de ser un paisaje coloreado por una mano infantil, con colores primarios: rojo, amarillo, verde…

El primero en hablar fue el comandante Letourneur, rompiendo con su agrio vozarrón el casi religioso silencio en que habían caído los tripulantes de la astronave «Columbia II», reunidos en la cabina de mando.

—Bien —dijo, poniéndose en pie—; ha llegado la hora de hacer la primera exploración. Profesor Päavonen, señor B'mazi, dispónganse a salir. Los demás pueden desembarcar también, pero sin alejarse demasiado de la nave bajo ningún concepto.

—Comandante —dijo el copiloto.

—¿Señor Boston?

—Verá, comandante; a fin de cuentas… ya hemos llegado a nuestro destino y sin ninguna complicación. Me permito rogarle, con el debido respeto, que deje libre a la señora Hyalikiades.

—Es una chica excelente y no ha dado ningún trabajo —apoyó Manfredi su propuesta.

Letourneur les dirigió una irritada mirada, que ambos sostuvieron impávidos. Pentsakoff intervino también.

—¡Qué diablos, comandante! A fin de cuentas, la chica no es ninguna asesina. No parece torpe y hasta podríamos necesitar sus servicios.

—Se introdujo de forma clandestina en la nave —declaró Letourneur con obstinación.

—Es cierto —admitió Pentsakoff—, pero si la somete usted a un encierro demasiado prolongado, las consecuencias que esto pueda reportarle a nuestro regreso, no serán demasiado agradables para usted, comandante.

Letourneur se encrespó.

—¿Qué demonios está tratando de insinuar, señor Pentsakoff? Hasta ahora, que yo sepa, no he hecho otra cosa que cumplir con mi deber.

—Sí, desde luego —convino el operador de radio—. Y legalmente, no se le puede reprochar nada, pese a que habría mucho que objetar, dado que no hay ninguna ley que haya previsto

un caso semejante. Ahora bien, trate usted de imaginarse a la señora Hyalikiades a su vuelta a la Tierra, declarando ante los periodistas lo que le ha sucedido a bordo de la «Columbia II». La gente no entiende demasiado de sutilezas legales; es sentimental. Ella es joven, hermosa y ha sido capaz de arrastrar todos los peligros por reunirse con su esposo, es decir, con el hombre a quien ama. Después de esto, enfréntese usted con la opinión pública, comandante —Pentsakoff se frotó las manos contra las caderas y concluyó—: Bueno, es cosa suya; lo mío es montar la antena subespacial para participar por radio nuestra llegada.

Letourneur permaneció unos segundos inmóvil, como reflexionando acerca de las palabras del operador de radio. Luego, volviéndose hacia el joven, dijo:

—Señor Boston, puede poner en libertad a la señora Hyalikiades.

—Gracias, comandante —contestó el joven. Y corrió hacia la cabina que ocupaba Omega. Llamó a la puerta y cuando ella abrió, sonrió de oreja a oreja—. Está libre, Omega.

—¡Bendito sea Dios! —exclamó ella, sonriendo también—. Gracias, Rhinn.

—No me las dé a mí, sino a Pentsakoff. —Y le contó lo que había sucedido, cosa que la hizo reír de buena gana.

—Sí, no hubiera quedado bien parado, desde luego. De todas formas, gracias también a usted.

Boston se echó a un lado.

—Tenemos permiso para desembarcar. ¿Quiere hacerlo?

—¡Claro! —exclamó ella, contenta como una niña con muñeca nueva.

Cuando llegaron a la sala donde se reunían a comer, vieron a Päavonen y a B'mazi que se disponían a salir. Ambos eran portadores de sendas mochilas con un reducido y a la vez completo equipo, en el cual se incluía una diminuta estación de radio; el cazador llevaba, además de un enorme cuchillo y una pistola, un poderoso rifle de caza «Total 750», capaz de abatir al más feroz de los animales salvajes con un par de disparos bien dirigidos.

—Los demás están ya fuera —dijo el biólogo, sonriendo—. Felicidades, señora Hyalikiades.

—Gracias —contestó ella, ruborizándose un poco. Se dirigieron a la compuerta, desde la cual se había tendido una escalera de

peldaños metálicos. El aire del planeta penetraba a raudales, y era cálido, pero no agobiante, y perfumado.

Una vez en el suelo, pisando el blando césped, Omega hizo una profunda inspiración, que dilató su torso e hizo resaltar los contornos de su busto joven y bien delineado.

—¡Es maravilloso! —dijo—. Poder respirar este aire, que no es el de los depósitos, constituye una experiencia inigualable.

Pentsakoff estaba en lo alto de la nave montando la antena de la radio subespacial y la saludó alegremente. Ella correspondió de la misma manera.

Luego, con un impulso infantil, corrió hacia unos arbustos cercanos, donde crecían unas grandes flores rojas, azules y amarillas y arrancó un gran brazado, aspirando con verdadera fruición el aroma que se desprendía de ellas. Mientras, Boston recorría con la vista el panorama circundante, diciéndose que ni aun en los más hermosos parajes de la Tierra había visto nada semejante ni que se pudiera comparar al lugar en que se hallaban.

Päavonen y B'mazi saltaron al suelo, dispuestos ya a emprender la marcha. Letourneur se acercó a ellos.

—No se alejen demasiado —recomendó—, y, sobre todo, no cometan imprudencias que puedan poner en peligro sus vidas y las de los demás. Por otra parte, no tengo instrucciones específicas que darles; dejo el resto a su propia discreción. Pero sí les voy a encomendar una cosa en especial: este planeta parece muy acogedor; no obstante, deberán tener en cuenta que la expedición anterior no regresó y que fue atacada por unas fieras salvajes. Teniendo esto en cuenta, podrán acomodar su conducta a las circunstancias.

—Descuide usted, comandante —contestó B'mazi, palmeando la culata de su rifle—. Con este fiel compañero, no hay cuidados de ninguna clase.

—No fíe demasiado de su propia capacidad —le reprendió Letourneur—. La confianza desmesurada ha perdido a muchas personas y puede ocurrirle a usted lo mismo. Ah, y no dejen de comunicar por radio cualquier incidencia desagradable que suceda. ¿Estamos?

—Lo haremos así, comandante —asintió el biólogo—. En marcha, Toro.

Pocos momentos después, los dos hombres habían desaparecido de su vista. Entonces, Manfredi asomó por la escotilla.

—¿Quién quiere comer? —gritó.

* * *

El comandante Letourneur consultó su reloj con gesto de impaciencia. Luego levantó la vista hacia el operador de radio que, con el auricular en la mano y pegado a la cara, permanecía acuclillado en lo alto de la nave.

—¿Ninguna novedad, Pentsakoff? —preguntó.

—Ninguna, comandante. He logrado establecer contacto con la Tierra, pero apenas pronuncié dos palabras, surgieron unas interferencias terribles. Es como si la atmósfera estuviese cargada de parásitos en gran cantidad. No oigo más que ruidos y crujidos por todas partes, los cuales distorsionan la recepción de tal modo que me resulta en absoluto imposible entender lo que me dicen allá abajo.

Boston se mordió los labios, sumamente preocupado. La existencia de aquellos parásitos, que indicaban una gran cantidad de cargas eléctricas en la atmósfera, o quizá en el planeta, no parecía obedecer a razón lógica alguna. A fin de cuentas, se dijo, las naves-robot habían ido y vuelto, guiadas por ondas radiales subespaciales, las cuales no habían sufrido ninguna distorsión, puesto que, de lo contrario, no sólo no habrían regresado, sino que tampoco habrían tomado los datos que conocían sobre el planeta ni hubieran impresionado las fotografías. ¿Por qué aquellas emisiones se habían logrado con pleno éxito y, en cambio, las que lanzaba Pentsakoff eran influidas de un modo tan extraño?

Levantó la voz. Acababa de ocurrírsele una idea.

—¿Pentsakoff?

—Diga, segundo —contestó el operador de radio.

—¿Por qué no prueba a transmitir en Morse?

—Ya lo he intentado y resulta inútil. Los puntos y las rayas se confunden, y se alargan o se acortan de tal forma que no hay manera de saber qué es lo que se dice. —Pentsakoff movió la cabeza en gesto pensativo—. Tendré que revisar el almacén de repuestos, a ver qué puedo encontrar para eliminar estos malditos parásitos.

Boston volvió luego su atención a Manfredi, quien estaba tomando unas vistas cinematográficas con su cámara. Más allá, el comandante Letourneur se paseaba impaciente, consultando su reloj de cuando en cuando.

Hacía ya más de seis horas que Päavonen y el cazador habían salido y salvo un mensaje transmitido a las dos horas de su partida, no habían vuelto a dar señales de vida.

—Llevan cuatro horas sin comunicar —dijo Boston, muy preocupado.

—B'mazi es hombre que sabe adaptarse a cualquier circunstancia —manifestó Omega—. No les ocurrirá nada, Rhinn.

El joven sacó cigarrillos. Fumaron en silencio.

Pentsakoff bajó de lo alto del casco y penetró en el interior de la astronave. Manfredi se les unió a ellos.

De pronto, Boston se dio cuenta de que flotaba una extraña opresión en el ambiente.

Reinaba un silencio absoluto. Salvo sus conversaciones, no se oía nada; ni siquiera el rumor de las hojas de los árboles más próximas al ser movidas por la brisa. Boston se percató también de que el leve soplo del viento había cesado hacía rato sin que se diera cuenta.

—Aquí hay algo que no me gusta —manifestó en voz baja, como si temiera quebrantar el silencio—. Noto una extraña sensación... ¿no les pasa a ustedes lo mismo, Omega, Ugo?

—Sí —dijo ella, mirando a su alrededor, con aprensión—. Es una rara sensación... como si fuera a ocurrir algo muy pronto.

—Una especie de calma antes de la tempestad —apuntó Manfredi.

Boston levantó la vista al cielo, por completo despejado. Proción y su compañera, brillaban rutilantes por encima de una atmósfera de completa diafanidad, salvo quizá en el horizonte, sobre las crestas nevadas de la cordillera, donde se divisaban algunas aglomeraciones nubosas de resplandeciente blancura. Pero las nubes carecían del color plomizo, característico de la proximidad de la tormenta.

—Es raro —dijo, sintiendo un singular desasosiego que no sabía a qué achacar—. Me siento nervioso, excitado...

De repente, la voz de Pentsakoff irrumpió al exterior a través de

uno de los altavoces.

—¡Comandante! ¡Päavonen y B'mazi están en peligro! Piden socorro en el acto... Óigalos usted. Óiganlos todos.

El biólogo se dejó escuchar de inmediato. Su voz poseía un inconfundible tono de terror.

—¡Comandante! ¡Estamos siendo atacados...! ¡Esto es horrible, espantoso...! No, no vengan en nuestro auxilio... nosotros trataremos de ganar la nave; estamos ya muy cerca de usted... B'mazi está gravemente herido... Oh, no, no... eso no puede ser... Crist...

Sonó un fuerte crujido y la voz de Päavonen dejó de oírse en el acto.

CAPÍTULO VI

Se produjo un momento de silencio, después de que dejara de escucharse la voz del biólogo. De pronto, Omega emitió un agudo y prolongado grito.

—¡Ha mencionado a mi esposo! ¡Lo ha visto, lo ha visto!

Boston se dio cuenta en el acto de que la joven iba a perder al control de sí misma, si no se adoptaba una pronta resolución. Con un formidable bramido, Letourneur dio la orden de guarecerse en la nave.

—¡Adentro todo el mundo, rápido!

Boston agarró a Omega por un brazo y tiró de ella. La joven se resistía, pero Boston acabó por llevarla a la escala.

—Si no entra de grado, la meteré a la fuerza —dijo a su oído. Y añadió—: Estamos corriendo un grave peligro.

—¡Mi esposo! ¡Usted lo oyó, Rhinn! ¡El profesor Päavonen mencionó su nombre!

—Desde luego, pero ahora están siendo atacados y dicen que van a tratar de ganar la nave. ¡Arriba, pronto!

Omega terminó por acceder a la solicitud del joven. Una vez al otro lado de la esclusa, vieron que Manfredi había sacado las armas que habían llevado a prevención y que las estaba aprestando sobre la mesa del comedor.

De pronto, sonó la voz del operador de radio.

—¡Ahí viene el profesor!

Boston se abalanzó a la compuerta y miró a lo lejos. Päavonen estaba a unos cien metros de distancia y avanzaba de una forma muy extraña, tambaleándose como un beodo. A pesar del espacio que les separaba, Boston pudo ver en el cuerpo del profesor grandes manchas rojas.

También divisó en torno al mismo algunos puntitos luminosos que revoloteaban con singular rapidez. Pero, aparte de que eran muy pocos, su movimiento era muy rápido; como avispas furiosas u otro insecto por el estilo. Sin embargo, no se oía el menor ruido, ni tampoco ningún zumbido que indicase la existencia de insectos vivientes.

Rhinn saltó al suelo de una forma irreprimible, casi sin saber lo que se hacía, y corrió al encuentro del biólogo. Éste, que tenía la cara ensangrentada, le divisó desde lejos y movió las manos con frenesí.

—¡Aléjese, aléjese! —gritó.

Boston corrió hacia Päavonen. De repente, sintió en el brazo izquierdo un vivísimo pinchazo.

Se miró el miembro, viendo que la sangre le fluía por dos puntos. Pero no pudo hallar el menor rastro del insecto que le había picado.

—¡Vamos, profesor! —gritó, sintiendo de repente un miedo espantoso.

Se golpeó la mejilla con la mano. Acababa de notar otro pinchazo bajo el pómulo. Al retirar la mano, la vio también manchada de sangre.

Päavonen ofrecía un aspecto espantoso. Estaba acribillado a pinchazos, que en muchos sitios eran cortaduras de hasta cinco centímetros de longitud, no muy profundas, aunque si aparatosas, por la gran cantidad de sangre que manaba de ellas. El biólogo parecía al borde del agotamiento y murmuraba frases incoherentes, sin ilación.

Desafiando el peligro, Boston saltó hacia él y se lo cargó al hombro. Entonces vio revolotear en torno a él aquellos extraños puntos luminosos, que despedían brillantes reflejos de todos los colores. Su pánico aumentó.

Uno de los puntos le acometió brutalmente, pinchándole en el

muslo. Pero ya estaba al pie de la escalerilla y, aunque sufrió varios pinchazos más, pudo ganar el interior de la esclusa. Entonces, el comandante Letourneur cerró la escotilla.

Manfredi y Pentsakoff se hicieron cargo del desdichado biólogo, que parecía haber sufrido un ataque de locura, a juzgar por las desatinadas palabras que brotaban sin cesar de sus labios ensangrentados, y lo condujeron a la mesa del comedor, sobre la que lo tendieron enseguida.

Letourneur trajo el botiquín de primeros auxilios.

Boston notó que la sangre le corría por varios sitios a la vez, pero pudo darse cuenta que sus heridas, aunque aparatosas, carecían de gravedad.

Manfredi y Pentsakoff empezaron a rasgar las ropas del biólogo, con el fin de restañar cuanto antes la copiosa hemorragia. Omega acudió al lado de Boston, con un tubo de celulina en las manos, y empezó a verter la sustancia hemostática y regenerante de los tejidos sobre las heridas que había recibido el joven.

Mientras ella le curaba, Boston contempló a Päavonen. El aspecto del biólogo era alucinante, espantoso. Por todas partes de su cuerpo se veían heridas y pinchazos de todos los tamaños, aunque, cosa rara, ninguno parecía tener gran profundidad. Pero la efusión de sangre era muy copiosa.

—Se está muriendo —dijo Pentsakoff de pronto.

Boston se acercó al biólogo. En los lugares de su rostro donde no había sangre, se advertía una palidez cerúlea que no admitía dudas en cuanto a la suerte que el desgraciado científico iba a correr.

De repente, en el interior de la nave, sonó un extraño repiqueteo.

Todos volvieron la vista hacia el lugar donde se escuchaba el ruido. Era un sonido muy extraño, como si alguien hubiese lanzado un proyectil al interior del fuselaje y rebotase infinitas veces, golpeando contra todos los mamparos.

El repiqueteo duró cosa de cinco minutos, al cabo de los cuales se extinguió por completo. De nuevo volvió el silencio.

Entonces habló Päavonen.

El biólogo se incorporó un tanto en la mesa. Miraba hacia un punto invisible para todos los presentes, con los ojos extraviados y una vivísima expresión de horror, que desencajaba sus facciones.

—B'mazi... muerto... Quiso partirlo... pero le seccionó la yugular en el acto... Murió en pocos segundos... Son seres vivos... vivos... De inmediato me atacaron a mí... Tuve que huir... Vivos, están vivos...

Omega le agarró por un brazo.

—¿Y mi esposo? ¡Usted lo ha visto! ¡Mencionó antes su nombre! ¡Kristos Hyalikiades, recuérdelo, profesor! ¿Dónde está, por el amor de Dios?

La mirada del biólogo empezó a enturbiarse.

—Crist... —dijo con un leve suspiro.

Y, de repente, su cabeza se dobló a un lado, mientras que sus ojos se vidriaban, fijos para siempre.

Boston depositó sobre la mesa el cuerpo inerte del biólogo.

—La hemorragia sufrida era demasiado copiosa y no pudo resistir sus efectos —manifestó con acento sombrío.

Omega se agarró de pronto al brazo del joven y le miró con expresión suplicante.

—¡Usted también lo oyó, Rhinn! ¡Mencionó el nombre de mi esposo! ¡Está aquí, ellos lo han visto... lo han visto!

—¡Cálmese, señora! —recomendó el comandante Letourneur—. De momento, no podemos hacer...

Sus palabras fueron cortadas por el mismo repiqueteo de la vez anterior. Daba la sensación de que era producido por un insecto metálico, que volase a gran velocidad, y se estrellaba contra los mamparos, techos y suelos de la nave, en sus alocadas ansias de escapar. Se oía en todas partes y cada golpe de aquel repiqueteo estaba separado del anterior por una cortísima fracción de tiempo.

El extraño animal penetró de pronto en la cámara. Las cinco personas que estaban allí no vieron nada, excepto, en dos o tres ocasiones, una menuda chispita, de un vivísimo brillo, que iba y venía en todas direcciones.

De repente, Manfredi lanzó un grito de dolor.

—¡Me ha picado!

Levantó el brazo izquierdo, enseñándolo más arriba de la muñeca, donde se advertía una picadura de un centímetro de longitud, por dos o tres milímetros de ancho. La sangre brotaba en relativa abundancia, pero una aplicación de celulina fue suficiente para restañar la herida e iniciar en el acto el proceso de regeneración y cicatrización.

El repiqueteo cesó tan de súbito como había empezado. Todos cuantos estaban allí se miraron unos a otros, en medio de un absoluto silencio, por completo desconcertados ante aquel extraño fenómeno.

—¿Qué clase de animales son ésos? —preguntó Boston, rompiendo el silencio al cabo—. ¿Cómo pueden ser sus ataques tan mortales?

—No estamos en condiciones de dar ninguna respuesta, Rhinnley —manifestó Manfredi. Señaló al biólogo con la mano—. El único que podría habernos dicho algo es el pobre Päavonen y ya no está en condiciones de hablar.

—Y B'mazi ha muerto —comentó Boston con acento lleno de pesadumbre—. Päavonen lo explicó bien claro: le cortaron la yugular.

Omega lanzó un gemido y se tapó los ojos con las manos.

—Mi esposo... habrá muerto también...

De repente, Pentsakoff lanzó una aguda exclamación.

—¡Miren, hay un insecto en las ropas de Päavonen!

Boston volvió los ojos hacia el punto indicado. Los pantalones ensangrentados del difunto biólogo, que habían sido arrojados a un rincón, se movían débilmente, como si hubiese algún insecto viviente en el interior de uno de sus bolsillos o de sus pliegues.

Boston dio un salto hacia los pantalones y se arrodilló para examinarlos con mucha atención.

—¡Cuidado, segundo! —advirtió Pentsakoff.

—Desde luego —convino el joven.

En medio de un absoluto silencio, fue palpando las prendas, hasta encontrar un pequeño bulto, de aspecto sólido, en el interior de un bolsillo. El animal se movía rápidamente, pero resultaba evidente que la ropa le impedía hacerlo con la velocidad que parecía serles consustancial a todos.

Tras algunos segundos de reflexión, Boston se decidió a meter la mano en el bolsillo. Tanteó con sumo cuidado hasta encontrar un objeto duro y frío, que se movió a gran velocidad al contacto de sus dedos. Al cabo de algunos esfuerzos, consiguió atraparlo y lo sacó al exterior.

—¡Aquí está! —exclamó con gesto triunfal.

Y, de pronto, su gesto de satisfacción se trocó en otro de estupor.

—¿Qué broma estúpida es ésa, señor Boston? —rezongó Letourneur.

—No es ninguna broma, señor —respondió el joven—. «Esto» era lo que se movía dentro del bolsillo de los pantalones del pobre Päavonen.

El asombro de los circunstantes era total. Cinco pares de ojos, desmesuradamente abiertos, contemplaban atónitos el objeto que Boston tenía entre los dedos índice y pulgar y que no era otra cosa que una especie de astilla de vidrio, de un verde intenso, purísimo, en forma de triángulo isósceles muy agudo, de unos cinco centímetros de longitud por dos de ancho. El grueso del vidrio era de unos tres o cuatro milímetros; pero tenía todo el aspecto de haber sido arrancado a una esmeralda de tamaño colosal. Sin embargo, no se advertían grietas en sus superficies ni melladuras en sus aristas; eran unos cortes limpios, perfectos, los que se habían efectuado para desgajar aquel fragmento de vidrio del bloque original.

—Esto es absurdo —insistió Letourneur—. Sólo es un cristal...

—¡Un cristal! —exclamó el joven en voz alta—. ¡Claro, eso es lo que quiso decirnos Päavonen! —Se volvió para mirar hacia la joven —. Un cristal, un vidrio, Omega, no Kristos, el nombre de su querido esposo.

El rostro de Omega expresó el desencanto que sentía. Una sombra de pesar nubló sus facciones, a la vez que sus manos caían lacias a los costados.

Manfredi tomó el fragmento de vidrio con interés profesional.

—Soy geólogo y no joyero —dijo al cabo—, pero me gustaría ser joyero para poder vender esta magnífica esmeralda. Obtendría un buen precio, lo aseguro.

—De modo que es una gema, ¿eh? —murmuró el joven, bastante pensativo—. Pero —añadió—, ¿cómo podía agitarse tanto en el bolsillo de los pantalones?

—Quizás el insecto sigue allí —apuntó Pentsakoff.

—No. No había más que ese trozo de cristal —afirmó Boston.

—Bien —intervino Letourneur de pronto—, cristal o esmeralda, lo cierto es que tenemos aquí un cadáver y que uno de nuestros compañeros ha muerto. Es preciso tomar una decisión en el acto...

—¡Eh! —gritó Manfredi de pronto—. ¡El cristal se ha escapado!

Apenas había pronunciado tales palabras, que llamaron la atención de los presentes, cuando comenzó de nuevo el repiqueteo. Los golpes se oían por todas partes, con singular rapidez. Omega lanzó de pronto un grito y se agarró el muslo derecho con ambas manos.

—¡Me ha picado!

Letourneur lanzó un rugido de cólera.

—¡Señor Manfredi! ¿Qué estúpida broma es ésta?

—No es broma, comandante —respondió el geólogo muy serio, mientras el repiqueteo continuaba sonando, ahora fuera de la cámara—. El fragmento de esmeralda echó a volar, como impulsado por una fuerza desconocida...

De repente, un extraño sonido, desconocido por completo, se dejó oír en el exterior de la nave.

Sin saber por qué, Boston sintió una tremenda aprensión.

¡Era el repiqueteo de miles y miles de fragmentos de vidrio que golpeaban con ciega furia, movidos por un impulso desconocido, el casco de la «Columbia II», como si quisieran destrozarlo con sus ciegos ataques!

CAPÍTULO VII

Rhinnley Boston se abalanzó hacia una de las ventanillas y pudo contemplar, estupefacto, el singular espectáculo que se ofrecía a sus ojos a través del grueso vidrio del ojo de buey.

Millares y millares de diminutas chispas de luz, de todos los colores, revoloteaban en una danza frenética alrededor de la nave, arrojándose contra el casco con ciega furia y rebotando de nuevo, para tornar a la carga una y otra vez, con incansable ferocidad. A veces se agrupaban en densos remolinos de deslumbrante color rojo, del que brotaban destellos blancos, y otras veces formaban pequeñas nubes de un color distinto, aunque siempre, de cada agrupación de chispas de un tono, brotaban diminutos relámpagos de otro color.

El número de aquellos extraños seres era incalculable; en algunos sitios, formaban bandadas tan espesas que llegaban incluso a quitar la vista del horizonte. Omega se colocó a su lado, para

contemplar la escena con ojos absortos. Los demás se repartieron en distintas claraboyas; el ataque se producía por todos los puntos del casco.

Boston se dio cuenta que dentro de la nave continuaba oyéndose también el repiqueteo. Una repentina idea fulguró de pronto en su mente.

—¡Nos van a destrozar! —gimió Letourneur, perdida la moral ante aquel espectáculo—. Acabarán quebrantando el metal del casco...

—El metal resistiría el impacto directo de un cañonazo —le cortó el joven con brusquedad—. Señor, he concebido una hipótesis que tal vez pueda librarnos de esos mortíferos cristales.

Manfredi se le acercó, interesadísimo.

—Hable, segundo —dijo.

—No cabe la menor duda de que estamos en un planeta cuyas características, si bien son idénticas a las de la Tierra en gran mayoría, en cambio, posee otras distintas en absoluto. ¿Por qué no suponer, pues, que esos cristales son seres inteligentes?

—¡Ésa es una idea estúpida, absurda! —bramó Letourneur.

Boston volvió la cabeza hacia el comandante. Se daba cuenta de que Letourneur trataba de esconder el pánico que sentía tras los gritos que profería.

—Desconocemos cómo pueden ser las formas de vida en otros mundos, comandante —comentó en tono reposado—. De lo que no cabe la menor duda -eso lo estamos viendo todos- es que esos cristales están vivos. Vivos, comandante —insistió—. ¿Se da cuenta de lo que significa la palabra «vivo»?

—Sí —contestó Letourneur—; y en este caso, la juzgo una insensatez.

Sobrevino un penoso silencio. Omega contempló al comandante con expresión aturdida. Boston tuvo que hacer un esfuerzo para no cometer una imprudencia.

—Bien —dijo al cabo, inspirando con fuerza—, sea lo que sea, solicito su permiso para abrir un momento la escotilla y permitir la salida de los dos fragmentos de cristal que tenemos dentro. Señor —agregó, tratando de dar a sus palabras un tono persuasivo—, tengo la impresión de que los cristales que revolotean ahí afuera únicamente tratan de rescatar a sus compañeros. Una vez lo hayan

conseguido, nos dejarán en paz.

—¡Tonterías! —exclamó Letourneur en tono desabrido—. ¡Señor Boston, le prohíbo de modo terminante que abra ninguna escotilla!

—Pero, comandante —intervino Manfredi—, sería muy interesante comprobar la teoría del segundo.

—Yo también opino lo mismo —exclamó Pentsakoff—. No hay por qué desechar ninguna solución, por extravagante que pueda parecer, mientras no se advierta la imposibilidad de no utilizar ninguna. Y en el caso presente, por raro y absurdo que pueda resultarnos, parece ser que estamos enfrentados a una multitud de seres vivientes con conformación cristalina.

—Eso significaría que el planeta es inhabitable —observó Omega, muy pensativa—. Si los cristales son seres vivientes y no desean en este mundo la presencia de otros seres, la colonización se haría imposible.

—¿Y qué me dicen de otros animales? —exclamó Boston—. La vegetación del planeta es exuberante y donde hay vegetales, hay animales. Puede que no los haya en esta región, pero a la fuerza tiene que existir en alguna otra comarca del planeta.

—Bien —terció el comandante—. Hay una solución. Despegar y buscar otro terreno de aterrizaje en un lugar muy apartado de éste. —Miró a la joven con serenidad—. Si se molesta en recordarlo, señora Hyalikiades, usted fue la que recomendó el aterrizaje en esta región. Pero ya hemos tenido dos muertos y todavía no ha transcurrido el primer día de nuestra estancia en el planeta.

Omega enrojeció ante el reproche que se le hacía.

—Es cierto, capitán; aunque ignoramos por completo lo que sucedió en la anterior expedición. De todas formas, estimo que debiéramos probar la solución del segundo Boston.

—¡Eh! —gritó de pronto Pentsakoff—. ¡Miren esto, los cristales se han largado!

Todos se agolparon otra vez ante las ventanillas. Las palabras del operador de radio no podían ser más ciertas.

—¿Dónde se habrán ido? —murmuró el joven después de un momento de espeso silencio.

—¿Y si están reagrupándose para un segundo ataque?

Boston miró a Omega. El miedo le acometió de nuevo, sin poder evitarlo. Pensó en miles, millones de astillas de cristal, de

fragmentos de piedras preciosas, animadas por una energía incomprensible para ellos y no pudo por menos de sentir un escalofrío de terror.

—¡Comandante! —exclamó en tono áspero—. ¡Es preciso abrir la escotilla, ahora que tenemos tiempo! ¡Dejemos escapar a esos dos terribles trozos de cristal!

—Mi prohibición sigue en pie —dijo Letourneur en tono autoritario.

—Un momento —terció Pentsakoff, con el rostro serio y contraído—. Es preciso que hablemos claro y fuerte, comandante. En primer lugar, ésta no es una expedición militar ni lo somos tampoco ninguno de nosotros. Cierto, usted es el comandante indiscutible de la nave, lo cual significa mucho, por supuesto, pero menos que lo que usted ha llegado a creerse. Cuando se le entregó el mando de la «Columbia II», nadie le confirió a usted poderes absolutos y dictatoriales. El que sea usted el piloto de este aparato no significa que tenga potestad de vida o muerte sobre todos nosotros.

—Y —añadió Manfredi—, cuando se le nombró comandante de la nave, implícitamente se admitió que usted podría y debería aceptar nuestros consejos en cuestiones trascendentales. No le discutiremos jamás la técnica del despegue, del aterrizaje o del vuelo en la atmósfera o en el espacio, pero sí un problema como éste, que puede afectar mucho a nuestras vidas. Voto por la apertura de la compuerta.

—Digo lo mismo —exclamó Pentsakoff en tono firme—. Con el de la señora Hyalikiades, quien, sin duda, opina lo mismo que nosotros, y el del segundo Boston, ya son cuatro votos contra uno. La compuerta debe abrirse.

Letourneur contempló todos los presentes, uno por uno. La cólera más absoluta latía en su mirada.

—¡Esto es un motín! —aulló al cabo, con gritos descompuestos —. ¡Haré que les sometan a juicio a todos ustedes y que les cuelguen de la horca! ¡Es una sublevación contra mis poderes de comandante de la nave!

—¡Señor Letourneur! —interrumpió Pentsakoff con firmeza—. Esto no es una sublevación ni un motín, pese a sus grandilocuentes y dramáticas palabras. Nadie le quiere restar autoridad a usted,

pero sí deseamos, en primer lugar, salvar la vida. La solución propuesta por el segundo Boston puede ser la ideal y debemos ponerla en práctica para conocer sus resultados. En segundo lugar, dos de nuestros compañeros han muerto y no podremos conocer las causas con claridad si huimos de este lugar. Es cierto —continuó el radiotelegrafista, sin amilanarse ante los gestos hostiles de Letourneur—, que corremos graves peligros, pero no sólo hemos de pensar en los muertos, sino en nosotros y, más todavía, en los miles, millones de terrestres que puedan venir un día a este planeta. Si no conocemos con absoluta certeza la clase de peligro que nos amenaza, mal podremos averiguar qué medios o armas son precisos para combatirlo. Por lo tanto, le guste o no -y si no le gusta, le encerraremos en su cámara- el segundo abrirá la puerta en el acto.

Letourneur crispó las manos con gestos convulsivos durante unos segundos. Al fin, bruscamente, giró sobre sus talones y se alejó de la cámara, sin pronunciar una palabra.

Hubo una corta pausa de silencio. Después, Pentsakoff dijo:

—Abra, Boston. Es muy posible que tenga usted razón.

—Gracias por sus intervenciones, amigos —sonrió el joven—. De todas formas, les recomiendo se encierren en una cámara mientras la puerta permanece abierta.

Y se dirigió en el acto hacia la esclusa de salida, cuyo control de apertura manejó con seguridad, sin más dilación.

Sin embargo, sólo abrió una rendija de unos diez centímetros, dispuesto a cerrar en el momento en que viese u oyese algo sospechoso. Pero, fuera de la nave, no se advertía en aquellos momentos nada que pudiera infundirle temor.

Se preguntó dónde estarían los cristales. De pronto, oyó el ya conocido ruidito do los fragmentos de vidrio que golpeaban los mamparos en busca de alguna salida.

Un sordo rumor se levantó a lo lejos. Pese a sus aprensiones, Boston mantuvo abierta la compuerta todavía unos momentos.

De súbito, los cristales golpearon los mamparos cerca de él. Un par de chispas que despedían vivos relámpagos pasaron por delante de sus ojos, como sendas centellas de luz, verde la una, blanquísima la otra.

Miró a la distancia y divisó un enorme remolino de chispas que se agitaba a velocidad vertiginosa, despidiendo una serie de

fulgores de todos los tonos del arco iris y de una belleza insuperable.

Pero aquella belleza encerraba la muerte en su seno.

De súbito, el remolino se deshizo en millares de chispas.

Boston abrió la boca, estupefacto. Hubo algunos centelleos durante unos pocos segundos y luego, todo resplandor desapareció en el mayor silencio.

Asombrado, pero más preocupado todavía, cerró la compuerta y regresó al interior de la nave.

* * *

Omega Hyalikiades se encargó de preparar y servir el desayuno, que fue consumido en un sombrío silencio. Llevaban ya más de veinticuatro horas en aquel lugar y todavía no habían llegado a una decisión.

Letourneur apareció de pronto y ocupó su puesto. Parecía más calmado que la víspera, aunque no había indicios de amabilidad en su rostro.

—Bien, caballeros —dijo—, ¿han pensado alguna solución?

—Sugiero realizar una nueva exploración, comandante —expuso Boston.

Letourneur enarcó las cejas.

—¿Está dispuesto a arrostrar los graves peligros que se ciernen sobre nosotros en este planeta? —preguntó en tono hiriente.

—Por supuesto, señor —contestó Boston sin inmutarse.

—Muy bien. Concedo mi permiso, pero deseo hacer constar que declino toda responsabilidad en este desdichado asunto.

—Gracias, señor.

—Si no le importa —habló Omega—, me gustaría acompañar al segundo.

—Vaya, vaya, señora —repuso Letourneur con un buen humor que no era habitual en él—. ¿Alguno más desea ir con el señor Boston?

—Yo, comandante —se ofreció Manfredi—. A fin de cuentas, soy geólogo y me interesa sobremanera realizar estudios e investigaciones sobre unos cristales que parecen dotados de inteligencia.

—¿Y usted, Pentsakoff?

El radiotelegrafista meditó profundamente y en silencio durante unos segundos.

—Iría de buena gana, y no me quedo por miedo precisamente, pero estimo que debo intentar de nuevo, por todos los medios, el enlace radiofónico con la Tierra. Ignoro a qué se deben los parásitos, pero voy a tratar de eliminarlos a toda costa.

—Muy bien —convino Boston—. De todas formas, nosotros transmitiremos un mensaje cada sesenta minutos. Nos llevaremos también algunas provisiones, ya que estaremos fuera todo el día y, por supuesto, armas y municiones. —Se puso en pie—. Ugo, vamos a prepararlo todo.

Letourneur alzó la mano.

—Señor Boston —preguntó en tono sarcástico—, ¿de qué manera piensa usted protegerse contra los ataques de los diamantes vivos? Porque son diamantes vivos, ¿no es cierto?

El joven captó al instante la feroz ironía que notaba en las palabras del comandante.

—También hay esmeraldas, rubíes y zafiros, señor —contestó.

Omega se tapó la boca para evitar que Letourneur la viera reír. El comandante enrojeció.

De pronto, con gesto colérico, arrojó la servilleta sobre la mesa, se puso en pie y se marchó casi a la carrera.

Pentsakoff meneó la cabeza.

—No tiene remedio —comentó en tono pesimista.

CAPÍTULO VIII

La protección que el joven había ideado contra los posibles ataques de los cristales era bien sencilla: los trajes de vacío. En especial, la parte del cuello, que parecía ser más vulnerable a los ataques de aquellos extraños seres vivientes, quedaba protegida de manera suficiente por el collar de unión del casco al resto de la escafandra.

Ciertamente, su desplazamiento resultaría más penoso y lento, pero ganaban en seguridad y ello era lo más importante en tales momentos. Por otra parte, a fin de ahorrar en lo posible las baterías

de las radios individuales, Boston había hecho levantar un poco el cristal anterior de los cascos, de modo que podían comunicarse entre sí por medio de la voz.

Al bajar al suelo, advirtieron el curioso aspecto que ofrecía el casco de la nave, con infinidad de diminutas abolladuras por todos los sitios, rastro indudable del feroz asalto de los cristales. El pulido metal había perdido su lisura y gran parte de su brillo, y daba la sensación de haber sido atacado por alguna desconocida especie de viruela. Por lo demás, no parecía que hubiera sufrido daños irreparables, aunque hasta los vidrios de los ojos de buey habían visto reducida bastante su transparencia.

—¡Bien, en marcha! —exclamó Boston, al cabo de unos segundos de inmovilidad.

Pentsakoff les saludó desde lo alto de la nave, donde estaba reparando los leves desperfectos de la antena. A continuación, el trío se encaminó hacia el punto donde B'mazi y Päavonen habían sufrido el mortal ataque.

Caminaron durante algunos minutos sobre un suelo cubierto de un verde y jugoso césped, con los rifles en las manos y la mirada alerta en todas direcciones. Esta vez, la joven no se entretuvo en recoger flores como el día anterior; pensaba que la muerte podía hallarse escondida en cualquier arbusto.

De pronto, cuando menos lo esperaban, oyeron un singular rugido. Volvieron la cabeza.

Un grito unánime se escapó de los labios del trío.

El rugido provenía de los chorros propulsores de la nave, que se movía poco a poco, rodando con leve trepidar sobre el suelo.

—¡Nos abandonan! —gritó Omega, estremecida.

—¡Ese maldito hijo de perra! —barbotó Manfredi.

Boston no dijo nada. Sus manos estaban crispadas en torno al cañón del «Total 750», pero en su interior rugía una devastadora tormenta de cólera.

Levantó el arma para disparar, pero la bajó a renglón seguido, dándose cuenta de la inutilidad de su gesto. Con el rostro cubierto de sombras, contempló, al igual que Omega y Manfredi, el despegue de la astronave.

Segundos más tarde, la «Columbia II» no era más que un punto brillante en el espacio, que bien pronto desapareció de la vista.

El rugido de los chorros se había extinguido, dejando en su lugar un deprimente silencio. Omega no pudo contenerse y estalló en sollozos.

—Sabía que Letourneur era un canalla —dijo Manfredi—, pero nunca pude imaginarme que lo fuera en tal grado. Si ahora le cogiera entre mis manos...

—Las lamentaciones no mejorarán nuestra situación —cortó Boston secamente. Lo que importa ahora es resolverla de la manera más conveniente posible.

—¿Sí? ¿Qué solución propone usted, Rhinn? —preguntó Manfredi—. Tenemos comida y bebida para veinticuatro horas, no más. Después...

—Después —dijo el joven con firmeza—, veremos lo que hacemos. Aún estamos vivos y eso es lo que importa. De todas formas, no veo por qué hemos de suspender la exploración. Quedándonos aquí no conseguiremos nada práctico ni positivo, por supuesto.

—Y hemos de tener en cuenta que también vinimos para encontrar rastros de la «Columbia» —añadió Omega.

El joven la miró con gesto pensativo. Iba a decirle algo referente a las frases que acababan de pronunciar, cuando, de repente, escucharon un grito humano.

—¡Eh, amigos! ¡Boston, Manfredi!

—¡Cielos! —exclamó el geólogo, atónito. Pentsakoff apareció de pronto ante sus ojos, al salir de un grupo de árboles. Corría como un loco y, al llegar a su altura, se detuvo en seco, jadeante y sudoroso.

—¡Ese miserable...! ¡A poco más me mata...! —Pentsakoff se ahogaba de rabia—. Estaba arriba... tratando de arreglar la antena... y arrancó de pronto, sin avisarme siquiera... Apenas tuve tiempo de dejarme resbalar por el casco y caer al suelo. Ha estado en un tris que no me abrasara con los chorros propulsores...

—Por favor —rogó Boston—, cálmese, Pentsakoff.

—¡Calmarme! —exclamó el radiotelegrafista, ardiendo en cólera —. Ese condenado bastardo nos ha abandonado aquí de un modo miserable... ¡Ojalá le estalle la nave al hacer la traslación interestelar, maldito sea!

—Las imprecaciones no servirán de nada —recomendó Boston

—. Y menos a usted, Pentsakoff.

—¿Por qué dice eso? —preguntó el operador, atónito.

—No lleva escafandra.

Un pesado silencio descendió al instante. Pentsakoff se acarició el cuello.

—¡Diablos! —murmuró a media voz—. Preocupado por la canallada de Letourneur, no me habla dado cuenta del detalle. —Tragó saliva con esfuerzo—. Si… si esos malditos vidrios nos atacan… no tendré defensa.

Boston contempló a Pentsakoff durante unos segundos, con aire reflexivo.

—¿Qué lleva usted debajo del monopieza? —preguntó de repente.

—Una camiseta fina.

—Quítesela y enróllesela alrededor de la garganta. Creo que esto le protegerá lo suficiente contra los ataques de los cristales. Por otra parte, hace tiempo que estoy pensando ya en el asunto y he llegado a formarme una hipótesis.

—Explíquese, Rhinn —suplicó Omega.

—Estaba recordando las frases que pronunció Päavonen momentos antes de fallecer. Habló algo referente a lo que les había ocurrido. Dijo que B'mazi había querido partirlo… Sin duda, se refería a algún cristal de mayor tamaño que los que pudimos ver cuando nos atacaron.

—¿Y…? —murmuró el geólogo, interesadísimo.

—Si consideramos a los cristales como seres vivientes, estimo que es lógico que hayan tratado de defenderse al sentirse atacados.

Manfredi trató de analizar críticamente las palabras del joven.

—Pero ¿cómo puede ser eso? Un pedazo de vidrio, que no es sino carbono, coloreado por distintos óxidos en caso de impureza, lo cual le hace pasar de diamante a esmeralda, rubí o alguna de las innumerables piedras preciosas que existen, no puede tener la inteligencia suficiente para…

—¡Alto ahí, Ugo! —cortó el joven—. No estamos en la Tierra, sino en un planeta situado a once años luz de distancia, en el cual pueden existir formas de vida absolutamente distintas de las que estamos habituados a contemplar a diario. En la Tierra tenemos vegetales vivientes. ¿Por qué no pueden existir aquí minerales

vivientes?

—A mí me parece que el segundo tiene razón —dijo Omega.

Pentsakoff ya se había enrollado la camiseta alrededor del cuello.

—Eso parece tener cierta lógica. ¡Demonios, la evolución de las especies vivientes puede seguir aquí otros derroteros distintos! Por lo menos, de algunas especies.

—Conforme —admitió Manfredi—. Pero ahora nos interesa lo que hemos de hacer. ¿Que se acuerda acerca de nuestro futuro?

Boston meditó unos instantes.

—Parece ser que hemos quedado abandonados a nuestra suerte, de modo que, en el momento actual, puede decirse que somos unos robinsones cósmicos. Vamos a tratar de resolver, pues, nuestra situación partiendo de ese supuesto: estamos abandonados en un planeta hostil y entregados a nuestros propios medios, con escasas provisiones y tres rifles, más algunos otros instrumentos de relativo valor. Pero contamos, con un medio más poderoso que ninguno: nuestra inteligencia. Los conocimientos de Crusoe eran infinitamente inferiores a los nuestros -perdón, me refiero a los del autor de la célebre obra- en lo cual le llevamos, como es lógico, una gran ventaja. Así pues, si no nos dejamos ganar por el desánimo, creo que sobreviviremos y... —se detuvo un instante para acentuar el final de su parlamento— podremos esperar la siguiente expedición de rescate, que un día u otro volverán a enviar desde la Tierra.

—Tiene usted un pico de oro —exclamó Manfredi, sonriendo—. Bueno, aceptados sus consejos, ¿qué hacemos ahora?

—Lo que habría hecho un Robinson Crusoe cualquiera en nuestro caso: buscar el elemento más indispensable para la vida humana, el elemento sin el cuál no podremos sobrevivir en modo alguno.

—Agua —exclamó Omega con vehemencia.

—Exactamente —confirmó el joven.

* * *

Tres horas más tarde, encontraron el cadáver del cazador.

Arrodillado junto al cuerpo inerte, cuya yugular aparecía

seccionada con limpieza, como si se hubiera utilizado un bisturí, Boston pensó que parecía un contrasentido que el primero en perecer hubiera sido el hombre destinado a proteger sus vidas.

El cuerpo de B'mazi presentaba otras heridas, aunque ninguna de importancia. Päavonen había perecido a causa de la hemorragia, pero no porque ninguna de sus lesiones fuese de gravedad mortal. El joven se preguntó a qué obedecía aquella diferencia, aunque por el momento no se hallaba en condiciones de hallar una respuesta adecuada.

El rifle y el resto del equipo aparecían intactos. No lejos de aquel lugar, Boston encontró una pequeña piqueta, llevada sin duda por el biólogo y abandonada en el momento del ataque.

—Enterraremos el cadáver —decidió al cabo—, pero aprovecharemos todo su equipo, incluida la ropa. No podemos desperdiciar el menor objeto, por inútil que pueda parecernos de momento. Más adelante puede tener alguna utilidad para nosotros y —añadió con cierto sombrío humorismo—, en este planeta no podemos esperar que la marea arroje a la playa un baúl lleno de objetos maravillosos, como solía acontecer a todos los náufragos de las historias.

Cavaron la tumba con el cuchillo del propio B'mazi y la piqueta. Al llegar a un metro de profundidad, vieron unos gusanos cilíndricos, de un grosor semejante al de un dedo humano por diez centímetros de largo, de un color desagradablemente blancuzco.

—Bien, al menos en forma primaria, no se puede decir que no exista la vida animal —comentó el joven.

—Son repugnantes —dijo Omega.

—Encuéntreme un gusano terrestre bonito —contestó él, haciéndola enrojecer levemente.

El cuerpo del desgraciado cazador fue descendido al fin a su tumba. Mientras Manfredi y Pentsakoff rellenaban de tierra la fosa, Boston cogió el cuchillo para hacer una cruz de ramas.

Se acercó al primer árbol que encontró al paso y asió una rama con la mano izquierda. Movió el cuchillo, asombrándose de la facilidad con que el filo seccionaba el vegetal, cuya contextura, si bien era blanda, no daba sensación de debilidad. Al terminar el corte, vio que el muñón exudaba una sustancia viscosa, semilíquida, transparente, que despedía un aroma agradable.

Tomó con el dedo índice un poco de aquella savia y se la llevó a los labios, encontrándola con un gusto muy parecido al de la miel. Volvió a probarla de nuevo, sintiendo a poco una especie de reforzamiento de sus energías.

—Acérquense —invitó.

Omega y los otros dos se aproximaron al árbol. La savia continuaba manando, lenta pero constantemente.

—Pruébenla; es muy reconfortante.

—¿No será venenosa? —preguntó Manfredi con desconfianza.

—Espero que no —respondió él—. Parece miel terrestre y refuerza las funciones vitales.

Omega se llevó a la boca unas gotas de savia. Manfredi y Pentsakoff la imitaron en el acto.

—Bueno —dijo el operador de radio al cabo de unos momentos —, si es un veneno, es el más sabroso que he tomado en los días de mi vida. Me siento mucho mejor, ésta es la verdad.

—Parece como si uno se tomase un reconstituyente mezclado con algunas gotas de alcohol —comentó Manfredi—. ¿No nos emborracharemos?

—Haremos más pruebas en lo sucesivo —dijo Boston—. De lo que no cabe duda, sin embargo, es que tiene el aspecto de contener una gran cantidad de elementos nutritivos, en una fuerte concentración. Al menos, puesto que estos árboles parecen abundar, no creo que vayamos a morir de hambre.

—Podemos llamarles árboles de la miel —sugirió Omega.

—Bautizados —declaró Manfredi de buen humor. Pero su sonrisa se borró en el acto cuando vio lo que pretendía hacer Boston.

Momentos después, la cruz estaba colocada sobre la tumba de B'mazi. Durante unos momentos, permanecieron en silencio, rezando por el alma del desdichado cazador. Luego, Boston indicó que era hora de proseguir su camino.

De pronto, Omega lanzó una exclamación, a la vez que tendía su brazo hacia un punto.

—¡Miren! ¡Un cristal viviente!

CAPÍTULO IX

Estaba a cuatro o cinco metros de distancia, oculto en parte por las ramas de un arbusto cubierto casi por completo de flores rojas. Era un cristal enorme, de más de un metro de altura, de forma octaédrica y color rojo brillante, de una transparencia absoluta. Permanecía inmóvil, sostenido tan sólo por uno de sus vértices, semejando un rubí de dimensiones fabulosas, como jamás habría soñado ninguno de los circunstantes.

Después de unos momentos de silencio, Boston se acercó al cristal, no sin antes haber bajado por completo el de su casco.

Habló a sus compañeros:

—Pentsakoff —ordenó—, usted no haga nada. Quédese donde está.

Omega se aproximó al joven y se arrodilló a su lado. En unión del geólogo, examinaron el colosal rubí durante unos momentos, en medio de una tremenda expectación.

—¿Es posible que este vidrio sea un ente con vida? —murmuró Manfredi, atónito.

—No tenemos ocasión de comprobarlo —respondió Boston—. Sin embargo, los ataques sufridos hasta ahora parecen indicar una base de inteligencia mínima en estos seres de apariencia inorgánica.

—¿Y cómo se mantiene en equilibrio? —preguntó Omega, fascinada por el singular espectáculo del rubí, sostenido sobre uno de sus vértices.

—Es imposible hallar respuestas congruentes, al menos por ahora —dijo Boston—. Lo mejor que podemos hacer es continuar...

—¡Espere! —exclamó Manfredi. Se incorporó con rapidez y corrió hasta las proximidades de la tumba, regresando a poco con la piqueta en la mano—. Éste es un buen medio de saber si este pedrusco es un ser vivo o no.

Boston asió la muñeca del geólogo, a la vez que le miraba a los ojos.

—No haga tal cosa, Ugo —dijo.

—¿Por qué? Es un pedrusco, un poco de carbono puro, coloreado con algo de óxido de cromo...

—Y con inteligencia suficiente para matarle a usted si le causa el menor daño, Ugo. Ahora comprendo muy bien las palabras del pobre Päavonen. B'mazi se sintió atraído por uno de estos cristales y

le asestó un golpe con la piqueta. De algún modo que desconocemos, el cristal disparó una astilla, afilada como un escalpelo, y le cortó la yugular. No se exponga usted a ese peligro, Ugo, se lo ruego.

Manfredi guardó silencio durante unos segundos. Torció el gesto y dijo:

—Rhinnley, es usted un buen muchacho y en honor a usted, haré lo que me dice. Pero bien a disgusto, no crea. A fin de cuentas, soy geólogo.

—Lo comprendo, pero tenga un poco de paciencia. Si poseen inteligencia, no tardaremos en entrar en contacto con ellos.

—¡Miren! —gritó la muchacha de repente. Boston y Manfredi volvieron los ojos hacia el rubí.

Una exclamación de asombro se escapó al mismo tiempo de sus labios.

El rubí se agitaba rápidamente, por medio de una rapidísima vibración que difuminaba sus contornos. Al mismo tiempo, un grave sonido musical, como el producido por una varilla de metal al golpear un diapasón, se expandía por el ambiente.

De pronto, el rubí se puso a girar como un torbellino alrededor de su eje vertical. La velocidad del movimiento de rotación aumentó, hasta el extremo de parecer que era una bola brillante, de la cual salían vivos relámpagos escarlatas.

De un modo inesperado, Rhinnley Boston sintió que algo extraño pasaba dentro de su cerebro. Dejó de ver cuanto le rodeaba, excepto la rutilante bola que era ahora el cristal rojo.

Le pareció que una voz misteriosa le hablaba en silencio, aunque no pudo entender con claridad sus palabras. Sin embargo, notó dentro de sí una extraña paz, una singular confortación de su ánimo que le hizo sentirse por unos momentos como sumergido en un placentero nirvana, en un lugar sin dolor, una especie de pequeño paraíso terrenal, de forma y contornos indefinidos, pero donde la tranquilidad y la apacibilidad alcanzaban un grado insuperable, no conocido por él hasta aquel momento.

Y, de repente, el rubí desapareció.

Se esfumó de golpe, sin ruido, como si no hubiera existido nunca.

Omega lanzó un pequeño grito. Manfredi se puso en pie

despacio.

—¡Curioso, curioso! —repetía sin cesar.

De pronto, Omega vio que Boston permanecía aún arrodillado, inmóvil, con la mirada perdida en el infinito.

—¡Rhinn! —llamó.

La voz de la muchacha penetró poco a poco en el cerebro de Boston. Se puso en pie con torpeza y miró a su alrededor con mirada mortecina.

—¡Rhinn! ¿Qué le ocurre? —preguntó ella, angustiada.

El joven quiso pasarse la mano por la frente, pero tropezó con el casco.

—¿Se siente mal? —inquinó Pentsakoff solícitamente.

—No… en absoluto. Es… —Sus pupilas brillaron de pronto—. ¡El rubí trató de comunicarse conmigo! ¡Es un ser vivo, no cabe la menor duda!

—¡Demonios! —exclamó Manfredi, que se había acercado al grupo—. ¿Está seguro, Boston?

—Sí… es decir creo que sí. Sentí como si una voz extraña me hablase dentro del cerebro… El rubí… es decir, el ser que tiene forma de rubí, me hablaba, aunque no pude entender bien lo que me decía. Sin embargo, noté en él sentimientos amistosos. —Agarró de pronto el brazo de Manfredi—. Ugo, prométame que no atacará jamás a los vidrios. ¡Son seres vivos, repito!

—Bueno —accedió el geólogo de mala gana—, si me lo pide… Pero, ¡es una lástima perder una ocasión semejante!

—Peor es perder la vida —contestó Boston—. Sea como sea, es indudable que han intentado entrar en comunicación con nosotros. Y si usan la telepatía para sus comunicaciones, no cabe la menor duda de que se trata de seres dotados de una inteligencia avanzadísima.

—O muy rudimentaria —objetó Manfredi—. Recuerde algunas de las especies animales de la Tierra. También utilizan algo parecido a la telepatía.

—Es posible —concordó el joven—, pero en ningún modo han podido comunicarse hasta ahora con un ser humano; sólo entre ellos. Además, ni siquiera es telepatía propiamente dicha; es más bien una especie de instinto muy desarrollado, pero que no llega ni de lejos a inteligencia. Y ese rubí quería hablar conmigo.

—Muy bien —intervino Omega—. Y ahora, ¿adónde se habrá ido?

Boston suspiró.

—No lo sé, no estoy en condiciones de responder a esa pregunta. Pero aquí ya no tenemos nada que hacer. Sigamos.

* * *

Dos días más tarde, según el cómputo terrestre, llegaron a orillas de un gran río, cuyas aguas corrían tranquilas, en medio de unas riberas cubiertas de frondosa vegetación. El paisaje resultaba de una belleza irreal, idílica.

—Bien —dijo Rhinnley Boston—, en mi opinión, creo que éste es el punto donde debiéramos acampar por el momento. Incluso estimo que podríamos quitarnos las escafandras.

—¿Y los cristales?

Boston se volvió hacia el geólogo, que era el autor de la pregunta.

—Sigo opinando que nos dejarán en paz, mientras no los molestemos —declaró Boston—. Por lo tanto, podemos hacer lo que he dicho. En lo que a mí concierne, voy a darme un buen baño, que es algo que estoy necesitando desde hace días.

—Yo lo haré también —dijo Omega—. Me iré allí —señaló con la mano una pequeña loma cubierta de arbustos floridos, por cuya base pasaba el río, describiendo una gran curva.

—Tenga cuidado —advirtió el joven—. No cometa imprudencias.

—De acuerdo —contestó ella, alejándose en el acto.

Al quedarse solos, los tres hombres se desvistieron, arrojándose acto seguido al agua en la cual permanecieron largo rato. Mientras se bañaban y realizaban algunos ejercicios de natación, divisaron algunos peces, del tamaño de truchas, que se movían confiados en la corriente. Boston consiguió atrapar dos, con la mano, que arrojó a la orilla, gritando alegremente, lo mismo que sus compañeros, quienes, asimismo, consiguieron apresar también un par de peces.

Salieron fuera y los examinaron con notoria curiosidad.

—Son muy distintos a los de la Tierra —dijo Manfredi, mientras se colocaba el mono.

—Sólo en el aspecto exterior —contestó Boston—. En su estructura orgánica, tienen que ser muy parecidos, ya que respiran por las agallas el oxígeno disuelto en el agua. Sin embargo, es lógico que existan algunas diferencias morfológicas dado que estamos en un mundo distinto.

Pentsakoff señaló las aletas, que en número de cuatro, existían en el vientre de uno de los animales.

—Parecen unas patas —comentó.

—Sin duda están en período de evolución. Dentro de unos millares de años saldrán a caminar por la tierra y en un millón de años más se habrán convertido en vacas y corderos.

—Sobre todo corderos —rió Manfredi—. ¡Ahora mismo, me comería una pierna asada con hueso y todo!

—Bueno, si tienes la paciencia de esperar un millón de años, puede que lo consigas —manifestó Boston—. Ahora, hemos de enfrentarnos con dos problemas para comernos estos peces.

—¿Cuáles son?

—Primero, la leña para asarlos. Segundo, no tenemos sal. De momento, podemos comer sin sal, pero el cloruro de sodio es un mineral sin el cual no puede pasarse el organismo. A la larga o a la corta, si no solucionamos este problema, acabaremos por resentirnos.

—Es cierto —convino Pentsakoff.

—Bueno —dijo Boston en tono chancero—, de todas formas, tenemos aquí un geólogo. Le obligaremos a que realice prospecciones para que nos encuentre por ahí una mina de sal.

—Sólo falta ahora —refunfuñó Manfredi— que la sal de este planeta sea también un ser inteligente.

—La sal no es ningún diamante —contradijo Boston—. Y no todos los minerales van a ser entes con vida e inteligencia, de lo contrario, hasta el suelo que pisamos lo sería, lo que equivaldría a que todo el planeta fuera un gigantesco ser vivo.

—Muy bien —aprobó Pentsakoff—. Pero ahora, a lo interesante: ¿Cuándo asamos los peces?

Antes de que el joven pudiera contestar, se oyeron dos disparos de rifle.

CAPÍTULO X

Las detonaciones sonaron aproximadamente hacia el lugar donde Omega se había retirado a bañarse. Durante unos segundos, los tres hombres permanecieron inmóviles; luego, con gesto unánime, se arrojaron sobre sus rifles y echaron a correr hacia donde estaba la muchacha.

Omega apareció de pronto en lo alto de la eminencia agitando los brazos. Boston se sintió muy aliviado, al comprobar que la joven aparecía indemne.

Subieron la pendiente a la carrera. Unos minutos después, sudorosos y jadeantes, se hallaban junto a la muchacha.

—¿Qué ocurre? ¿Por qué ha disparado, Omega? ¿Es que ha visto alguna fiera peligrosa?

—No, en absoluto —contestó ella. Extendió su brazo y señaló—: ¡Miren allí! —exclamó.

Boston creyó ver visiones.

A un kilómetro de distancia, en el centro de una vasta planicie, que terminaba en el río por uno de sus lados, se divisaba una enorme mole metálica posada sobre el césped.

—¡Es la «Columbia»! —gritó Manfredi, excitadísimo.

—Eso parece —murmuró Boston—. Si se tratase de nuestra nave, habríamos oído sin duda alguna el rugido de sus chorros.

Se volvió hacia la joven.

—Omega, ¿cómo es que tardó tanto en avisarnos?

—Porque no la he visto hasta que se me ocurrió trepar hasta la cima de esta colina, después de bañarme.

—¡Bendito sea Dios! —exclamó Manfredi—. Es la mejor ocurrencia que ha podido tener usted, Omega. ¿Vamos, segundo?

Boston meditó unos instantes.

—Muy bien. De acuerdo. Pero no dejen de tener cuidado en todo momento. Recuerden que estamos en territorio hostil.

—El rubí se hizo muy amigo suyo —contestó el italiano con una punta de ironía.

Boston no contestó. ¿Describían aquellas palabras con exactitud la situación creada entre él y el singular ser mineraloide?

Descendieron de la colina con cautela, sin apartar el dedo del gatillo, aunque sin encontrar nada que les hiciera concebir graves

sospechas. Lo único extraño era la ausencia absoluta de vida animal, tal como la concebían en la Tierra, en unos parajes que podían alimentar a gigantescos rebaños. Boston pensó que tal vez, si un día llegaban a solucionar el problema de las relaciones amistosas con los cristales vivientes, sería cosa de empezar a repoblar el planeta con animales domésticos. En veinte años, podían conseguirse grandes resultados; y con una emigración adecuada, aquel mundo podía convertirse en una segunda Tierra.

Poco a poco fueron acercándose a la nave, viendo, desde bastante distancia que, al menos en apariencia, no ofrecía desperfectos. Boston empezó a albergar la esperanza de utilizarla para el regreso de nuevo a la Tierra.

De pronto, cuando se hallaban a un centenar de metros de distancia, algo empezó a brillar delante de ellos.

Omega lanzó un agudo grito y se acercó al joven con movimiento instintivo.

—¡Cuidado! —exclamó Boston.

Manfredi lanzó un reniego. Pentsakoff se quedó quieto en el acto.

Una larga hilera de cristales vivientes acababa de surgir a una docena de pasos, como cortándoles el camino. Había al menos dos centenares y tenían todas las formas poliédricas imaginables, desde el simple tetraedro hasta el que poseía tal número de facetas que casi parecía más una esfera. Asimismo, sus colores eran muy variados e incluían todas las tonalidades conocidas de la gama cromática; y sus dimensiones eran también muy variadas. Había cristal que media más de dos metros y otros, apenas si parecían piedras de adorno. Pero todos poseían una característica común: el fulgor que despedían y que brotaba de su interior, sin que por ello perdieran su perfecta transparencia. Este fulgor mostraba ciertas alternativas en su intensidad, aumentando y disminuyendo con un ritmo casi regular.

Al mismo tiempo, pudieron captar una serie de sonidos musicales un tanto discordantes, muy distintos de los armónicos que Boston había oído la primera vez que vio a uno de aquellos cristales. Era una especie de sinfonía bárbara, incluso cacofónica, no muy elevada de volumen, pero sí irritante, incluso enervante.

Frente a ellos se divisaba una de las escotillas de la nave abierta

de par en par. Boston empezó a considerar la conveniencia de echar a correr para salvar la barrera de cristales vivientes y refugiarse en el interior de la nave.

Las oscilaciones luminosas aumentaron, al mismo tiempo que la emisión de sonidos crecía en intensidad y, a la vez, en discordancia. Omega lanzó un grito de pánico, con el cual resumía la situación.

—¡Quieren atacarnos!

Boston levantó el rifle, aun a sabiendas de que el arma era completamente inútil para combatir contra aquellos extraños seres mineraloides. De pronto, cuando los destellos luminosos y las vibraciones sonoras eran más intensos, ocurrió algo inesperado.

Una especie de bola roja, de más de un metro de altura, que despedía un vivísimo fulgor, apareció delante de ellos, en el centro de las columnas de cristales vivientes. La bola roja se transformó a los pocos segundos, al detener su giro vertiginoso, en un enorme rubí de forma octaédrica.

Omega se agarró a Boston con mano nerviosa.

—¡Rhinn! ¡Es el mismo cristal que encontramos junto al cuerpo de B'mazi!

—Es cierto —reconoció él, asombrado, no menos que Manfredi y Pentsakoff, quienes permanecían absortes, atónitos, como si no quisieran creer en las singulares imágenes que captaban sus pupilas.

Sonaron varios tañidos, como producidos por un batintín al chocar contra un gongo. El fulgor del octaedro rojo subió y bajó de intensidad varias veces, con gran rapidez.

Segundos después, el brillo de los cristales disminuía casi por completo, hasta quedar reducido al que despedían naturalmente, reflejando la luz del día. Al mismo tiempo, la emisión de vibraciones sonoras cesó por completo.

—¡El rubí nos protege! —gritó Omega al borde del histerismo—. ¡Es nuestro amigo!

—¡Nuestro amigo! —resopló Manfredi—. ¡Un pedrusco!

—Pues así lo parece, por extraño que lo veamos —afirmó Boston —. Estoy seguro de que esos cristales querían atacarnos y la intervención del rubí lo ha impedido.

El geólogo le dirigió una hosca mirada.

—¿Usted también cree en cuentos de brujas, segundo? Vamos, vamos; estamos en pleno siglo XXII, ya no es época de creer en

historias semejantes.

—Muy bien —contestó el joven—. No crea usted, si no lo desea, Ugo; pero en lo que a mí concierne, estoy de completo acuerdo con lo que ha dicho la señora Hyalikiades. Y ya que los cristales vivientes parecen haber depuesto su actitud belicosa, vayamos a ver qué hay en el interior de la «Columbia».

Echó a andar, seguido por la muchacha. Pentsakoff se les unió después de algunas vacilaciones. Manfredi terminó por imitarles, no sin murmurar entre dientes algo acerca de la estupidez de quienes creían en consejas y fábulas, que no tenían razón de ser en una época tan avanzada.

Cuando llegaron al borde de la primera hilera de cristales, éstos se separaron, abriéndoles una ancha calle. Para moverse, giraban sobre sí mismos durante unos segundos, en torno a su eje vertical, desapareciendo después al instante, para reaparecer casi en el acto a unos metros de distancia.

—No cabe la menor duda —murmuró Boston, pasando por entre las filas de cristales inmóviles y brillantes—; son seres vivos.

—¡Qué extraña manifestación de la Naturaleza! —comentó Omega, admirada a pesar de la tensión del momento—. Tiene que ser interesantísimo conocer su vida, su forma de pensar, la manera de multiplicarse… ¡Cómo me gustaría conocer su lenguaje para entablar relaciones con ellos!

De súbito oyeron un fuerte grito a sus espaldas. Boston, Omega y Pentsakoff se volvieron en el acto.

—¡Eh, ayúdenme! —gritó Manfredi, atrapado en el centro de un espeso círculo de cristales de todos los tamaños y colores—. ¡Estas bestias no me dejan pasar! ¡Miren lo que me han hecho!

Boston frunció el ceño. La actitud de los cristales, después de haberse separado para permitirles a ellos el paso, le resultaba incomprensible.

—No se mueva, Ugo —ordenó.

—Sí, pero ¿qué diablos quiere que haga? —barbotó el geólogo —. No voy a permanecer así todo la vida; tengo que continuar mi camino.

Manfredi tenía razón, se dijo el joven. Soltando el brazo de Omega, dio unos cuantos pasos, hasta hallarse en las proximidades del círculo de cristales.

Le pareció que éstos habían aumentado de número, pero no estaba en condiciones de asegurarlo; ahora, en lugar de ocupar una franja de terreno, con algunos centímetros de separación entre uno y otro, formaban un círculo de varios metros de diámetro, muy espeso, con un mínimo de intervalo entre cristal y cristal apenas perceptible. Boston se dio cuenta de que, si quería llegar hasta el geólogo, tendría que pisar los cristales y ello, teniendo en cuenta que algunos alcanzaban una altura superior a la suya, no le producía ninguna especial satisfacción.

De pronto, el rubí octaédrico apareció delante de sus ojos, a un par de pasos da distancia. Rhinnley Boston sintió una especie de llamada en el interior de su cerebro, como si el cristal viviente deseara comunicarse con él de alguna manera.

Clavó sus ojos en el cristal, procurando concentrar su mente.

—¿Quién eres? ¿Cómo puedo hacer para entrar en relación contigo? Si eres un ser vivo, deseo ser tu amigo y vivir en paz contigo y los tuyos. Pero dime cómo puedo comunicarme. —No habló, se limitó a pensar aquellas frases, aislándose de cualquier otra idea, a fin de aumentar su capacidad de concentración. No tardó mucho en captar una respuesta algo confusa y bastante extraña, consistente en raras imágenes geométricas que aparecían y desaparecían en el interior de su cerebro con singular rapidez.

Desde el punto en que se hallaban, Omega y Pentsakoff contemplaban al joven, quien permanecía rígido, con los ojos cerrados, inmóvil, a excepción de un ligerísimo temblor que le recorría el cuerpo de arriba abajo, pero sin que pareciese alarmante. Situado frente a él, Manfredi pudo ver que el rostro de Boston se hallaba cubierto de una brillante capa de sudor y, por primera vez, se sintió impresionado a su pesar.

Bruscamente, las figuras geométricas que captaba Boston con la mente se transformaron en expresiones inteligibles.

No eran precisamente palabras humanas, pero él las entendió como si hubiesen salido de la garganta de un hombre.

—No queremos haceros daño a ti y a tus amigos —dijo el cristal —. Pero éste que tenemos rodeado nos detesta. Sus sentimientos nos hacen daño.

—Trataré de hacerle saber que debe ser amigo vuestro. Yo también deseo serlo, como los otros dos que me acompañan.

—Vuestra figura física nos repugna sobremanera; nos causa tanto dolor casi como vuestros pensamientos, que podemos captar con toda facilidad. Pero antes pude ver en ti nobles sentimientos. En honor a ellos, dejaremos libre a tu amigo. Sin embargo, hazle esta advertencia: si intenta realizar una acción hostil contra nosotros, le daremos muerte.

—Se lo haré saber —contestó Boston mentalmente—. Y ahora, dime, ¿cómo te llamas?

—No es momento oportuno para seguir conversando. Te veré en mejor ocasión. Recuerda lo que te he dicho. Somos muy poderosos y podemos destruiros a ti y a los tuyos con toda facilidad.

La comunicación se cortó de repente.

CAPÍTULO XI

Rhinnley Boston abrió los ojos torpemente, como si saliera de un sueño. Un soplo de viento le dio en la cara y, al percibir un frescor inusitado, se dio cuenta que estaba sudando en abundancia.

Detrás de él sonó un grito.

—¡Rhinn, los cristales han desaparecido!

Manfredi avanzó hacia él. Estaba excitadísimo.

—¡Boston! —Le agarró por un brazo con mano crispada—. ¿Qué le ha pasado? Le estuve observando y me dio la sensación de que estaba sumido en trance.

El joven tardó algunos segundos en contestar. Omega y Pentsakoff se le habían unido y le contemplaban con expresión ansiosa.

—Cierto —dijo—. En efecto, fue algo parecido a un trance hipnótico. Lo crean o no, estuve comunicándome con el rubí. Y me ha dicho que hablaremos más adelante. ¿Se dan cuenta del descubrimiento tan fabuloso que acabamos de hacer?

A pesar de todo, Manfredi continuaba mostrándose reticente.

—Francamente, no acabo de creerle, Boston. Admito que esos cristales puedan ser seres vivos, pero nunca que posean una inteligencia como la nuestra. En lo que de mí dependa…

El joven le lanzó una mirada llena de severidad.

—Ugo, por mi parte puede hacer usted lo que más le plazca,

empezando por no creerme. Pero si quiere un buen consejo, no haga el menor gesto hostil cuando vea a uno de esos cristales vivos. El rubí me ha dicho que nuestra figura física y nuestros pensamientos les son repugnantes; ya tiene, pues, un motivo de antipatía hacia nosotros. No obstante, al parecer, no desean causarnos daño alguno, a menos que les demos un motivo para ello. El rubí se refirió en especial a usted y no fueron elogios precisamente los que le dedicó. En su lugar, yo recordaría a B'mazi y a Päavonen. Recuerde también el asalto que sufrimos cuando nos hallamos en el interior de la «Columbia II», gracias a cuyo casco estamos vivos. Y ahora que ya lo sabe, aténgase a las consecuencias.

—¡Bah, fanfarronadas sin fundamento! —gruñó Manfredi. Se tocó la frente con el índice—. Esto es lo que cuenta, segundo; lo demás son tonterías.

—Muy bien. Cuando uno de esos cristales le rebane el pescuezo, diga que es una tontería —contestó Boston, después de lo cual, giró sobre sus talones—. Vamos a inspeccionar la nave.

Echaron a andar. Mientras caminaban, Omega preguntó:

—¿Es cierto que le ha dicho todo eso, Rhinn?

—No tengo el menor deseo de inventarme fábulas, en asuntos tan peligrosos como éste, Omega. Todo cuanto he dicho es la pura verdad. No lo comprendemos y es posible que, dada nuestra limitada inteligencia, no lleguemos a comprender jamás cómo un trozo de cristal puede ser un ente viviente, con un intelecto, posiblemente muy superior al nuestro. No obstante, si no podemos comprenderlo, sí, en cambio, podemos acomodamos muy bien a las circunstancias y obrar de acuerdo con ellas. Durante los milenios que el hombre lleva viviendo sobre la superficie del globo terrestre, se ha amoldado a cualquier circunstancia climática o ambiental. ¿Por qué no hemos de hacer aquí lo mismo?

—Sí —convino Pentsakoff en tono reflexivo—. Es difícil llegar a esa conclusión, pero habremos de pensar que nos enfrentamos con unos seres vivientes de composición cristalina y forma poliédrica y. por lo tanto, nuestro primer deber será considerarlos como tales seres vivientes y dotados de inteligencia, y entablar relaciones amistosas con ellos.

—Sin olvidar un embajador —añadió Manfredi.

Boston no dijo nada. Pero sí se preguntó por qué había

cambiado el carácter del italiano. Ugo Manfredi había sido siempre un individuo abierto, franco, dado a la broma y a la diversión, y dispuesto a ayudar a cualquiera en todo momento. Ahora se mostraba reticente y hasta ofendido. ¿Era que interiormente reconocía la existencia de los cristales como seres vivos e inteligentes, y ello le hacía sentir un cierto complejo de inferioridad?

Mas ya no había tiempo de seguir con reflexiones. Ya habían llegado al pie de la escalera de acceso a la astronave.

Boston miró a la joven y la vio palidecer. Tomó su brazo, tratando de confortarla.

—Ánimo —dijo en voz baja.

Ella hizo un signo de asentimiento con la cabeza. Enseguida emprendieron el ascenso.

Encontraron el primer cadáver en la compuerta interior, que aparecía cerrada a medias. La postura del esqueleto, ya que había desaparecido todo rastro de carne, indicaba con claridad que el astronauta había tratado, en un frenético esfuerzo, de cerrar la esclusa para ponerse a salvo, pero ello no le había sido posible, sin duda debido al devastador ataque de los cristales vivientes.

No era extraño que el comandante Hyalikiades los hubiera calificado de fieras. Al menos, desde su particular punto de vista, tal había sido el comportamiento de los cristales, pero para el joven no había duda alguna de que las intemperancias de los anteriores expedicionarios y una insensata confianza en sí mismos les habían conducido a la catástrofe.

Hallaron dos esqueletos más en su camino. El cuarto estaba sentado ante los mandos de una nave que no había podido poner en marcha para huir.

Omega se acercó despacio al esqueleto. Un hondo gemido se escapó de pronto de sus labios.

Volvió el rostro con gesto brusco. Boston la atrajo hacia sí y ella escondió la cabeza en su pecho.

—Pentsakoff, vea a ver qué encuentra por ahí —dijo.

—Conforme.

—Yo le acompañaré —se ofreció Manfredi.

Boston y Omega quedaron solos unos momentos.

Al cabo, ella recobró la calma perdida y levantó la cabeza. Sus

ojos estaban todavía impregnados de las lágrimas vertidas.

—Es él, ¿verdad?

Omega asintió con la cabeza.

—El medallón… —suspiró.

Boston la soltó y se acercó al esqueleto del que en vida había sido el comandante Hyalikiades. Pendiente del cuello tenía todavía un medallón de oro, con el retrato de la joven.

Boston soltó la presilla de la cadena y entregó el medallón a Omega.

—Guárdelo —dijo—. Que le sirva de consuelo el que murió llevándolo.

—Gracias —sonrió con tristeza, inspirando con fuerza. Luego dijo—: En fin, ya he conseguido lo que quería.

—Es indudable que cometieron un error —dijo Boston en tono sentencioso—, pero cualesquiera que fueran sus equivocaciones, hemos de reconocer que se enfrentaron con un mundo desconocido en nombre de la humanidad terrestre. Murieron en beneficio nuestro y esto es algo que los hombres de la Tierra recordarán siempre.

* * *

Veinticuatro horas más tarde, los despojos mortales de los cuatro astronautas yacían en una tumba, con una cruz en su cabecera. En la «Columbia» habían encontrado materiales suficientes para colocar una placa con los cuatro nombres de los astronautas, con lo que el emplazamiento del lugar donde descansaban quedaría señalado para siempre.

Después de la fúnebre labor, se reunieron en el comedor. La magnífica construcción de la astronave había hecho que la mayor parte de sus estructuras se conservara intacta. Naturalmente, la despensa se hallaba en excelente estado y gracias a ella pudieron comer en abundancia y sin preocupaciones.

—Ahora —dijo Pentsakoff—, intentaré entablar de nuevo contacto con la Tierra. Los instrumentos se hallan intactos y aunque es evidente que los dos largos años de abandono no han contribuido a mejorar su estado, creo que podré ponerlos en funcionamiento a no tardar mucho. De todas formas, me gustaría saber qué es lo que

vamos a hacer.

—Continuar la exploración, por supuesto —declaró Omega con vehemencia.

Manfredi empezó a refunfuñar.

—Tenemos una astronave en condiciones. ¿Para qué esperar más tiempo del necesario?

—Un momento —dijo Boston—. Por supuesto, pienso someterme a la opinión de la mayoría, pero ello no debe impedir que emita mi opinión.

—Bueno, oigámosla —convino el geólogo, en tono reticente.

—Es evidente que conseguiremos volver a la Tierra —habló el joven—. Ahora bien, si regresamos, se decidirá el envío de más expediciones. Pero esto no puede hacerse, a mi entender, mientras antes no hayamos establecido con claridad las condiciones en que se puede vivir en este planeta. Tengamos en cuenta que antes que nosotros ya vivían en él otros seres y que, al estar dotados de inteligencia, es natural que se consideren dueños del globo.

—¡Sólo son animales con figura mineral! —protestó Manfredi.

—Yo no lo creo así —contradijo Boston—. Sostengo y sostendré siempre que son seres inteligentes. Nos guste o no, el planeta es suyo y provocar una inmigración sin contar con su aquiescencia puede originar catástrofes de alcance cósmico.

—A mí me parece que tiene razón Boston —dijo Pentsakoff—. En lo que a mi pensamiento concierne, no me gustaría que otros seres del espacio vinieran a establecerse en la Tierra sin permiso nuestro, incluso tratando de arrebatarnos terrenos u otros bienes conseguidos mediante nuestro esfuerzo personal.

—Yo también opino lo mismo —manifestó Omega—. Rhinn debe tratar de ponerse en contacto con ellos de nuevo y tratar de averiguar cuantos más datos le sea posible. —Miró al joven—. También sería conveniente que le hablases de los planes de enviar más expediciones. Eso puede no gustarles.

—¿Manfredi? —preguntó el joven.

El italiano se encogió de hombros.

—Tres a uno, cedo —dijo.

Encendió un cigarrillo, se puso en pie y se ausentó del comedor.

Pentsakoff se acarició la mandíbula con la mano.

—No me gusta. Si no nos andamos con cuidado, va a meternos

en un buen lío y, con franqueza, no me gustaría acabar como el comandante Hyalikiades... ¡Oh! —exclamó de pronto, poniéndose muy encarnado—. Dispénseme, señora; no me había dado cuenta.

—Olvídelo —dijo ella—. De todas formas, tiene usted razón, Carl.

—Bueno —expresó Boston—, en cuanto tenga ocasión, trataré de convencer a Ugo de que no cometa una imprudencia. Y ahora, si no les importa, voy a hacer una revisión a fondo de la nave. Creo que en un caso de urgencia, podríamos despegar ahora sin más inconvenientes, pero prefiero caminar sobre seguro.

—Volar, querrá decir —rectificó Omega, sonriendo.

—En efecto —convino él con otra sonrisa.

CAPÍTULO XII

La nave estaba lista. Podía despegar en cualquier momento.

—Pero no entiendo el porqué de tantos parásitos —dijo Pentsakoff, sumamente irritado—. Llevo ya casi una semana dándole vueltas al asunto y no he podido hallar una solución. He desarmado la radio pieza por pieza; he probado y comprobado todos los instrumentos y válvulas, las antenas... todo, y los parásitos siguen impidiendo una buena comunicación. Consigo captar la onda subespacial terrestre, pero no hay manera de entender lo que dicen. Ni ellos tampoco a mí, por supuesto.

Rhinnley Boston sorbió el café de su taza con gesto pensativo. Empezó a hablar.

—Estoy pensando en una cosa —dijo.

—Veamos —exclamó Pentsakoff—. Todas las ideas pueden ser buenas, segundo... ¿o prefiere que le llame capitán?

—Llámeme Rhinn —sonrió el joven—. Es lo que hacen todos los amigos.

Pentsakoff le guiñó un ojo.

—Incluida cierta encantadora joven de cabellos negros y ojos verdes, que es un verdadero regalo para la vista —comentó con acento socarrón.

Boston se puso colorado.

—Es una buena chica, Carl.

—Pero ahora está libre y no le mira con demasiada antipatía. Bueno, a lo que vamos. ¿Cuál es su idea?

—Los cristales interfieren las emisiones de radio.

Pentsakoff se le quedó mirando con la boca abierta de par en par.

—¡Dia...blos! ¡Es cierto! Bien... quiero decir, que es muy posible que sean ellos los culpables de tanta emisión parasitaria, Rhinn.

—Acaso las emisiones de radio les causan daño y ellos tratan de impedirlo a su manera, con interferencias parasitarias. —Boston se frotó la mandíbula con fuerza—. Seria útil salir al espacio y ver de emitir a suficiente distancia del planeta.

—¿Y por qué no lo hacemos? La nave está lista; puede despegar en cualquier momento. Nadie nos impide despegar, Rhinnley.

—Sí, desde luego —admitió él—. No obstante, me gustaría entablar relaciones de nuevo con los cristales vivientes. ¡Tienen que contarnos tantas cosas! Pero —se apresuró a añadir—, si la mayoría me lo pide, iniciaremos el regreso.

—Bueno, la verdad, yo tampoco tengo prisa —remoloneó Pentsakoff—. Los cristales parecen haberse vuelto pacíficos y... Oiga, Rhinnley, ¿se da cuenta del precio que alcanzaría en el mercado de Ámsterdam aquel rubí que estuvo «hablando» con usted?

—¿Tendría precio siquiera? —rió el joven.

Y en aquel momento, se oyó la voz de la joven desde el exterior.

—¡Eh, salgan afuera! ¡Pronto!

No se notaba alarma alguna en el tono de la voz de Omega. Boston y Pentsakoff se miraron.

—¿Qué le pasará ahora a Omega? —preguntó el primero.

—¿Por qué no salimos y lo averiguamos? —sugirió el radiotelegrafista, poniéndose en pie.

Al llegar a la escotilla y ver lo que había en el exterior, se quedaron asombrados.

Omega estaba arrodillada en el césped, acariciando dos animales muy semejantes a cervatillos terrestres. Eran unos cuadrúpedos con apariencia de rumiante, de fino pelaje marrón claro, con algunas manchas blancas y más oscuras, cuello esbelto, patas largas y orejas finas. Sus ojos eran grises, muy vivos y brillantes. La talla máxima de las bestias, había tres o cuatro y parecían de una mansedumbre

indudable, era de un metro, contando desde el suelo a la cruz del lomo.

Boston saltó al suelo, seguido de Pentsakoff.

—¡Eh! ¿De dónde ha sacado esos gamos, Omega?

Ella seguía acariciando al más próximo, que parecía muy satisfecho de hallarse junto a la joven.

—No los he sacado de ninguna parte, Rhinn, vinieron solos. Aparecieron caminando tranquilamente y se detuvieron aquí, así de sencillo.

Boston se arrodilló al lado de uno de los cuadrúpedos, el cual le contempló con renovado interés.

—¡Vaya! —murmuró—. Parecen como llovidos del cielo.

—¿Verdad que tienen una estampa muy fina? —exclamó Omega —. A mí me parecen más elegantes que las gacelas de la Tierra.

—A mí me parecen otra cosa —dijo Pentsakoff.

Boston y la joven le miraron.

—¡Chuletas! —exclamó el radiotelegrafista—. ¡Carne asada!

Boston contempló a los animales durante unos momentos. Omega protestó con vehemencia.

—¡Matarlos, qué barbaridad! ¡No lo permitiré de ninguna de las maneras!

—Bueno —terció el joven—, por ahora, tenemos víveres suficientes y el problema de la alimentación no es acuciante. Pero en caso necesario tendríamos que considerar a esos cuadrúpedos como productores de sabrosas chuletas asadas.

—¿Por qué no se hicieron visibles antes? —preguntó Pentsakoff extrañado.

—Eso no importa ahora —contestó Boston—. Quizá la zona habitada por estos simpáticos animalitos está mucho más lejos y los que tenemos delante se separaron de la manada. El verdadero interés estriba en que, por fin, hemos visto que existe vida animada en este planeta, que hay algo más que los gusanos que se escondan bajo tierra.

—Y su mansedumbre indica que no han visto seres humanos antes de ahora —añadió Omega. Se puso en pie—. Los científicos terrestres se sentirán muy interesados por las noticias que les llevemos.

—Convendría tirar algunas placas, desde luego —indicó el joven

—. Esto es que algo apenas hemos hecho; claro que también hemos estado demasiado atareados para dedicarnos a impresionar fotografías a diestro y siniestro. Por cierto —exclamó de pronto—, ¿dónde está Ugo?

Hubo una corta pausa.

—Se marchó esta mañana muy temprano —explicó la muchacha —. Cuando me levanté a preparar el desayuno, vi que él ya lo había hecho.

Boston frunció el ceño.

—Esto no me gusta —declaró sin ambages—. Manfredi puede cometer una imprudencia que nos meta en un verdadero lío.

—Es extraño —comentó Omega, preocupada—. Su carácter ha cambiado bastante en los últimos tiempos. ¿A qué lo atribuyen ustedes?

—Yo se lo diré —replicó Pentsakoff con presteza—: a la codicia.

—¡Cómo! —se extrañó Omega.

—Sí —reforzó Boston las palabras del radiotelegrafista—. La codicia, Omega. Ugo es un geólogo y no quiere considerar a los cristales sino como minerales más o menos vivos o quizá, ni eso siquiera. Ahora bien, démonos cuenta de qué clase de minerales son: piedras preciosas, cada una de las cuales tendría un valor incalculable en la Tierra.

Omega se horrorizó.

—¿Sugiere usted que...?

El joven movió la cabeza despacio.

—No me extrañaría nada que estuviese ideando le manera de poder cortar sin riesgo un fragmento de un cristal para poder llevárselo en el viaje de vuelta.

—¡Pero si lo hace, nos atacarán de nuevo! —gritó ella.

Pentsakoff agarró el brazo de Boston.

—Rhinnley, hemos de evitar que ese estúpido cometa una imprudencia. Ahora estamos en buenas relaciones con los cristales vivi...

—¡Hola, amigos! —sonó en aquellos momentos la voz de Manfredi.

Los tres se volvieron a una a mirarle. Boston arrugó el entrecejo, a la vez que Omega y Pentsakoff se quedaban estupefactos al ver el extraño botín de que era portador el geólogo.

Colgado sobre el hombre, traía un cervatillo muerto. En la mane derecha y pendiente de una bolsa de tela, transportaba un cristal del tamaño de un cráneo humano.

Manfredi se aproximó al trío. A unos pasos de distancia, hizo un seco movimiento y dejó el animal muerto al suelo.

—Carne fresca, chicos —dijo en tono voluble—. Lo encontré en el camino y no pude resistir a la tentación de despenarlo. La verdad, ya tengo ganas de comerme unas cuantas tajadas de carne asada. O guisada, ¿qué más da? La señora Hyalikiades tiene fama de buena cocinera...

De pronto observó el silencio de las tres personas que tenía frente a sí.

—¡Eh! ¿Qué les ocurre? ¿Acaso he dicho alguna tontería? —Pegó una patada al cadáver de la bestezuela—. Esto es lo que andábamos buscando, ¿no? Pues ya lo tenemos, ¿qué más quieren?

—El animal muerto es lo de menos —dijo Boston. Su mano señaló a la bolsa que Manfredi sostenía aún—. Es lo que lleva ahí lo que nos preocupa, Ugo.

El geólogo se echó a reír.

—Ah, el pedrusco —dijo. Volcó la bolsa y un enorme cristal, de diáfana transparencia y forma icosaédrica rodó por el suelo, despidiendo fulgores de belleza indescriptible—. No hay cuidado. —Y en tono sensacional, añadió—: Está muerto... si es que estos cristales han tenido vida alguna vez.

—¡Muerto! —exclamó Omega sin poder reprimirse.

—Así es, señora —contestó el geólogo.

—¿Cómo lo sabe, Ugo? —indagó Boston.

—Bueno, me tropecé con él en el camino y estuve examinándolo durante un tiempo. Luego le asesté varios golpes, sin que respondiera de ninguna forma. No se movió ni hizo nada, así que deduje que no había peligro alguno en traerlo conmigo. Es una fortuna en la Tierra, compréndanlo.

Boston dio un paso hacia delante.

—Ugo, todavía ignoramos cuáles son las características de estos seres cristaloideos. Si quiere un buen consejo, olvídelo. Olvídese de su codicia; piense en su vida, que es más importante que todo...

Manfredi lanzó una exclamación despectiva.

—¡Estupideces! —dijo, encolerizado—. Aquí hay una colosal

fortuna y, ahora que tengo la ocasión, no voy a desaprovecharla. Tengo menos de cuarenta años y, razonablemente, me quedan sesenta o setenta por delante. Con este pedrusco pienso obtener lo suficiente para no dar golpe en el resto de mis días. ¿Qué diablos harían ustedes en semejante circunstancia?

El joven cerró los puños.

—Ugo, le prohíbo que embarque ese diamante en la nave —dijo en tono que no admitía lugar a dudas—. Ni la señora Hyalikiades, ni Pentsakoff ni yo, tenemos deseos que nos ponga usted en un serio compromiso. Ya estuvimos una vez en peligro de perder la vida; a ninguno de los tres nos haría gracia tener que vernos en una situación semejante.

Los ojos del italiano despidieron chispas de cólera.

—Mire, Rhinnley, en cuanto al gobierno de la nave, no le opondré jamás la menor objeción. Pero en lo que respecta a este pedrusco, es mío. —Se golpeó el pecho con fuerza—. Mío, ¿lo entiende? Es la primera vez que se me pone al alcance de la mano la ocasión de conseguir una verdadera fortuna y no voy a desdeñarla. ¿Está claro?

—Tendrá que someterse a la voluntad de la mayoría, Ugo —dijo Boston sin perder la serenidad—. Estoy seguro que mis dos compañeros piensan lo mismo que yo y su opinión es de que debe dejar ese cristal y no intentar llevarlo a la Tierra.

—Rhinnley, usted y sus compañeros me están hartando, en primer lugar. En segundo, su opinión me importa un rábano, así que me lo llevaré por encima de todo. Y el decir «por encima de todo» no formulo una frase hecha. —De repente, con un gesto repentino, se descolgó el rifle del hombro y apuntó a las tres personas, quienes se quedaron inmóviles a causa de la sorpresa recibida—. No deseo hacerles daño, pero dispararé si me obligan a ello.

Se produjo una intensa pausa de silencio. De pronto, Boston levantó la mano derecha como para indicar algo al excitado geólogo.

En aquel momento se oyó un sonido muy parecido al tañido de una campana de tonos agudos. Algo vibró en el aire.

Un espantoso gorgoteo brotó de repente de los labios del geólogo. Sus manos dejaron escapar el rifle, a la vez que se dirigían hacia su garganta, de la cual brotaba un tremendo caño de sangre.

Omega lanzó un chillido de pánico. Espeluznado, Boston divisó en el cuello de Manfredi algo parecido a un puñal de vidrio, de unos tres centímetros de ancho por diez o doce de largo.

El tañido se repitió -de nuevo y la astilla de cristal desapareció de la garganta del geólogo. La efusión de sangre aumentó.

De pronto, Manfredi se derrumbó de bruces. Pataleó un poco y luego murió, antes de que los horrorizados espectadores de la escena tuvieran tiempo de hacer nada en su favor.

CAPÍTULO XIII

El silencio se rompió de pronto con un agudo chillido de Omega. La joven giró bruscamente sobre sus talones y se agarró al cuello de Boston, escondiendo el rostro en su pecho, para no contemplar el espantoso espectáculo que ofrecía el geólogo desangrándose. Pentsakoff se arrodilló rápidamente a lado de Manfredi. Le tomó la muñeca y estuvo observando su pulso durante algunos momentos.

Luego alzó los ojos hasta los de Boston.

—Ha muerto —informó.

El joven volvió la cabeza hacia el cristal diamantino, que continuaba inmóvil en el mismo sitio. La astilla que se desprendió de su estructura, se había reincorporado de nuevo a la misma, sin que se observase en ella la menor alteración. Omega dejó de temblar a poco.

—Lo siento —murmuró, estremecida.

—Es lógico —comentó Boston. Luego miró a Pentsakoff—. Tendremos que enterrarlo.

El operador de radio miró con aprensión al pedrusco de cristal que refulgía sobre el césped, a unos pasos de distancia.

—¿No nos atacará a nosotros? —preguntó, sumamente preocupado.

—Parece que no. De lo contrario, no podríamos contarlo ahora —contestó el joven.

—Manfredi dijo que estaba muerto —murmuró Omega, sin querer mirar al cadáver.

—Estamos tratando con unos seres que nos son absolutamente desconocidos —manifestó Boston—. Sólo sabemos que son

peligrosísimos si se les ataca. Por lo tanto, habremos de mostrarnos amistosos con ellos en todo momento.

—¿Y cuándo emprendemos el regreso a la Tierra? —preguntó Pentsakoff.

—Vamos a enterrar primero a Manfredi. Mañana, a primera hora, despegaremos. Omega, usted váyase dentro de la nave.

—Sí, Rhinn —contestó ella, lanzando un fuerte suspiro.

* * *

El cristal rojo se les apareció cuando menos lo esperaban, apenas habían terminado de cubrir de tierra el cadáver de Manfredi.

Los dos hombres permanecieron inmóviles, contemplando con fijeza al octaedro escarlata, que había surgido de la forma repentina, casi espectral que solía emplear para sus desplazamientos.

Boston murmuró:

—Voy a ver si puedo comunicar con él amistosamente, Carl.

—Muy bien —contestó el radiotelegrafista.

El joven trató de concentrar su mente.

—Deseo conversar contigo.

La respuesta llegó en el acto. Boston la percibió de un modo casi físico. Era evidente que el cristal había aprendido también el modo de mejorar sus medios de comunicación.

—Muy bien. Para eso he venido, precisamente.

—Uno de nuestros compañeros ha muerto. El que lo mató está todavía ahí.

—Lo sé. Por eso acudí rápidamente a su llamada. Lamento haber tardado tanto; estaba en el otro extremo del planeta.

Boston se espantó de la rapidez con que el cristal había cubierto una distancia superior a los veinte mil kilómetros. ¡Y aún decía que había tardado!

—¿Acaso eres tú el jefe de todos los cristales?

—Uno de los más importantes. Me respetan y soy respetado... es decir, si empleemos términos vuestros, que tú puedas entender fácilmente.

—Desde luego —convino el joven. De súbito preguntó—: ¿Por qué mi compañero no puede comunicarse contigo?

—Ya lo está haciendo —fue la sorprendente respuesta que recibió Boston—. Pero sólo se limita a «escuchar». Se da cuenta de que ésta es una conversación entre jefes y juzga discreto no intervenir.

—Muy bien, lo celebro. ¿Podría llamarte de algún modo? En nuestro mundo nos sentimos incómodos si no damos un nombre a los seres vivientes.

—El nombre no tiene importancia. Traduciéndolo a vuestra lengua, resultaría una confusión de cifras y números, que no entenderías en mucho tiempo. En todo caso, si quieres darme uno, llámame «Rubí», pero, repito, no tiene importancia.

Boston suspiró. Siguió hablando.

—Quizá tengas razón. ¿Puedo hacerte algunas preguntas?

—Las que gustes. Queremos ser amigos vuestros, pero no tenemos deseos de sufrir daños que vosotros llamaríais físicos. Estamos tratando de acostumbrarnos a vuestra presencia y, créeme, éste ya es un gran daño para nosotros. La vuestra es una forma atrasadísima, impura, sujeta a mil inconveniencias, entre las cuales no es la menor la desaparición en un plazo muy breve.

—Eso significa que vosotros podéis vivir muchísimo más tiempo.

—Así es. A un ser de vuestra raza que viviera el tiempo que nosotros, le llamaríais inmortal. Para nosotros, el plazo de vuestra existencia es apenas una centésima parte de la duración de nuestra vida.

Boston se espantó. ¡Un cristal de aquéllos podía llegar a vivir diez mil años!

—Pero ¿cómo nacéis? ¿Y cómo llegáis al término de vuestra existencia? Los científicos de nuestro planeta se sentirían muy interesados en conocer vuestras costumbres, vuestro modo de vida…

—Tu inteligencia es muy limitada, por ahora, para comprender ciertas particularidades de nuestra forma de vida —contestó el cristal rojo—. Bástate saber, sin embargo, que en un tiempo fuimos, es decir, nuestros antecesores, fueren seres idénticos a vosotros. La evolución que hemos sufrido en el transcurso de miles de millones de años nos ha llevado al estado actual, muchísimo más perfecto que el vuestro. Perdimos la forma física deleznable, propia de los seres con cuerpos orgánicos, y adquirimos ésta, que es prácticamente indestructible. Sólo conservamos el intelecto que,

como es natural, se ha ido desarrollando a lo largo de las épocas.

—Creo que voy comprendiendo —respondió Boston, lleno de admiración—. Ahora sois una forma superior de vida... pero, sin embargo, no habéis podido evadiros de ciertos sentimientos.

—Sé lo que quieres decir —contestó el rubí—. No te asombre; el grado de nuestra inteligencia nos ha permitido llegar a este ciclo de desarrollo. Ahora bien, el objeto primordial de nuestra existencia es vivir en paz, en un mundo donde las pasiones desaparezcan, donde todos los seres puedan desarrollarse apaciblemente, mezclados los unos con los otros en completa armonía, sin odios ni rencores, como seres inteligentes que hemos sido creados todos por una misma Mano.

—Eso es cierto y tu teoría es muy hermosa, pero habéis matado a algunos de los nuestros.

—Los que murieron nos habían causado graves daños. Separar el menor fragmento de nuestro cuerpo nos produce lo que vosotros llamaríais dolores indecibles; incluso podría causarnos la muerte, si ese fragmento separado fuese llevado a una distancia inalcanzable para nosotros, como es la que nos separa en este momento del planeta de donde procedéis. Aun para una inteligencia tan poderosa como la nuestra existen limitaciones.

—Sí, eso es lo que estoy viendo —asintió el joven—. No obstante, el método de advertencia que empleáis se me antoja sumamente duro.

—¿Qué harías tú si tratasen de arrancarte un brazo en vivo o llevarte para ser vendido como un objeto valioso? ¿No te resistirías a ello por cualquier medio a tu alcance, sobre todo, después de haber intentado convencer al que intentase hacer contigo tal cosa, sin haber conseguido disuadirlo?

Boston hubo de reconocer que las razones del cristal rojo eran incontrovertibles.

—Pero...

—Matamos a los dos primeros porque nos causaron daño, pero sólo por defendernos y después de haberles advertido con varias «picaduras» de que debían dejarnos en paz —le interrumpió el rubí —. Aquél era el primer contacto que teníamos con vosotros y los cristales que os atacaron, fragmentos de nosotros mismos, procedían de una irritación nada fácil de calmar. Cada uno de nosotros puede

proyectar uno o varios fragmentos de sí mismo y recobrarlos luego, con los resultados que habéis podido apreciar; ésta es una de las ventajas de nuestra inteligencia. Sin embargo, deseamos la paz. Pero habéis de hacer todo lo posible por merecerla. Tú y tus dos compañeros lo habéis intentado, con excelente resultado hasta el momento. Seguid así, como hasta ahora, y podremos vivir pacíficamente, vosotros junto a nosotros. Pero no intentéis atacarnos jamás; vuestras armas, por poderosas que sean, no conseguirán destruimos nunca, nunca. Un alma limpia y abierta al diálogo y a la comprensión; que veáis en nosotros unos hermanos, de distinta conformación y de diferente composición orgánica, pero seres vivientes, es lo único que pedimos. Si así lo hacéis, habrá paz eterna entre nosotros.

La «voz» del cristal rojo se extinguió poco a poco, en medio de una evanescente sinfonía de sonidos musicales, de armónicas tonalidades. Boston abrió los ojos al cabo de unos momentos, ni siquiera se había dado cuenta que los había cerrado, y pudo ver que el rubí había desaparecido.

Lentamente, miró a Pentsakoff. El radiotelegrafista parecía tan aturdido como él.

—¿Ha oído usted, Rhinnley? —preguntó con lengua trabajosa.

—Sí —murmuró el joven, bastante pensativo—. El rubí ha hablado muy bien, si puede llamarse hablar a su forma de comunicarse con nosotros, pero no cabe duda de que desean la paz a toda costa.

—Por mi parte, no tengo inconveniente en concedérsela —dijo Pentsakoff, estremeciéndose—. ¡Diablos, como enemigos, no los habría peores!

En aquel momento, sonó un grito. Omega venía corriendo hacia ellos.

—¡Rhinn! ¡Yo también escuché lo que decía el cristal rojo! ¡Pude captar fácilmente sus pensamientos! —Llegó junto al joven y se le abrazó a él—. ¡Oh, sería maravilloso vivir aquí, junto a ellos!

—¿De veras lo deseas, querida?

Omega le miró y enrojeció de pronto. Boston aumentó más la presión de su brazo, sin que ella se atreviera a protestar.

—Bueno, les felicito a ambos. Harán una buena pareja, se lo aseguro.

Omega sonrió, dichosa. Alargó una de sus manos y estrechó la del radiotelegrafista.

—Gracias, Carl —dijo.

Y luego volvió la luz de sus pupilas hacia el rostro del joven y lo miró radiante.

—¡Caramba! Nos olvidamos preguntar al cristal rojo si eran ellos los que interferían nuestras emisiones.

—Es cierto —dijo Boston, muy pensativo. Luego, al cabo de unos segundos de reflexión, añadió—: ¿Por qué no prueba ahora a establecer la comunicación con la Tierra? No sé por qué, pero tengo la sensación de que ahora que hemos hecho la paz, valga la frase, no han de estorbar nuestras transmisiones.

—De acuerdo —contestó Pentsakoff—. Es posible que tenga usted razón, Rhinnley.

Y se marchó, dejando a los dos jóvenes solos. Boston y Omega permanecieron juntos largo rato, hablando de sus planes para el porvenir. De pronto, cuando más distraídos estaban, sonó la voz de Pentsakoff:

—¡Hurra! ¡Se acabaron las interferencias! ¡La comunicación es perfecta!

CAPÍTULO XIV

Pero todavía permanecieron allí algunas semanas, haciendo acopio de datos de todo género, así como gran cantidad de fotografías, para llevarlas en su viaje de vuelta. Por medio de la radio, conocieron la sensación que sus informes acerca de la existencia de cristales vivientes había despertado en la Tierra.

Boston y Omega hacían planes para su futuro. Pensaban casarse apenas hubieran regresado. Luego tenían la intención de volver a aquel planeta, para establecerse en él para siempre.

Un día, inesperadamente, vieron por encima de sus cabezas una astronave que se disponía a aterrizar. Una intensa excitación se apoderó de ellos. El aparato se posó al fin en el suelo y se detuvo a corta distancia de la «Columbia». La escotilla se abrió y una procesión de hombres, algunos de ellos armados, descendió por-la escala.

El comandante Letourneur encabezaba el desfile. Boston, Omega y Pentsakoff se quedaron atónitos.

Letourneur se detuvo a pocos pasos de distancia, contemplándoles con malévola expresión.

—¡Bien! De modo que aquí están los amotinados, ¿eh? ¡Qué mala suerte han tenido en sobrevivir!

—No entiendo, comandante —dijo Boston, con el brazo sobre los hombros de la joven.

—Las opiniones discrepan, por supuesto —contestó Letourneur sarcásticamente. Señaló con el pulgar a sus espaldas—. ¿Ven a esos hombres armados?

—No pretendemos atacar a nadie, comandante.

—Ésa es la lástima, porque, de lo contrario, les fusilarían a los tres aquí mismo, con lo que nos ahorrarían los gastos de un proceso y las molestias consiguientes —dijo Letourneur con veneno en su voz—. Estos hombres armados son policías encargados de detenerlos y mantenerlos bajo arresto. ¡Capitán Hillbry, cumpla con su obligación!

Uno de los hombres se adelantó.

—Rhinnley Boston, Carl Pentsakoff, Omega Hyalikiades —recitó en tono profesional—, en nombre de la ley, quedan detenidos y arrestados, bajo la acusación de motín en el espacio. Les recomiendo no hagan resistencia alguna.

—¡Pero eso es absurdo, capitán Hillbry! ¡Ninguno de los tres hemos cometido el delito de que se nos acusa! Además, ¿qué pruebas hay de ello? —Señaló hacia el comandante con la mano—. ¡Fue él, él quién nos abandonó miserablemente en este planeta, sin darnos opción a evitar su indigna fuga! ¡Pregúntele al señor Pentsakoff; estuvo a punto de morir abrasado por los chorros del avión cuando ese miserable despegó sin previo aviso!

El capitán Hillbry frunció el ceño.

—Señor, esta versión es muy distinta de la que usted dio al llegar a la Tierra.

El rostro de Letourneur se enrojeció.

—¡Eso no le importa a usted, capitán! —bramó, exasperado—. ¡Cumpla su obligación, es lo que interesa ahora! ¿O acaso no le fueron entregados unos documentos de arresto?

—Desde luego —admitió el oficial—. Pero también se me

entregaron unas órdenes secretas, de las cuales no he hecho uso hasta el momento. Esas órdenes me confieren facultades discrecionales para obrar de acuerdo con las declaraciones de los acusados.

—¡Es una mentira inmunda! —aulló Letourneur—. ¡Son unos amotinados! ¡Exijo que los ponga bajo arresto!

—No trate de hacerme ver cuál es mi obligación, comandante —dijo el oficial fríamente—. Además, su actitud no predispone a creer demasiado en sus palabras.

—¡Soy el comandante de la nave, se lo recuerdo por si lo había olvidado, capitán! —rugió Letourneur.

—Las órdenes que tengo me autorizan incluso a destituirle si de la investigación que debo realizar sobre el terreno, se desprendiera alguna falsedad en su declaración —contestó Hillbry, impávido—. Ahora, realizaremos esa investigación y si se demuestra que abandonó a los acusados en este planeta, es posible que entregue el mando a su segundo de a bordo. —El oficial hizo una pausa—. Y, con franqueza, después de haberle oído y no digamos soportado, me inclino a creer que no hubo motín.

Letourneur miró en torno a él.

—¡Está mintiendo, capitán! ¡Es una mentira...!

Su voz se quebró de súbito, transformándose en un horrendo gorgoteo.

Omega lanzó un grito. Los hombres se arremolinaron, horrorizados.

Un río de sangre brotaba de la garganta del falsario. Letourneur se mantuvo unos instantes en pie y luego se derrumbó, con el cuello casi seccionado por completo.

Pentsakoff ya conocía los síntomas. Se arrodilló al lado de Letourneur, pero no tardó en incorporarse.

—Está muerto —anunció.

Hillbry meditó unos segundos.

—Bien, creo que esto resuelve el caso.

De repente, una voz inaudible resonó en los cerebros de todos los presentes.

Boston la reconoció al instante. Su cuerpo se puso rígido, a la vez que sus manos se crispaban sobre los hombros de Omega, apoyada en su pecho.

—Oídme bien todos. Escuchadme con atención. No se puede venir a este planeta con el alma manchada por inicuos sentimientos y bastardas intenciones. Ese hombre murió por haber dicho una mentira canallesca y tratar de perjudicar a unos seres con los cuales nosotros, los cristales vivientes, hemos establecido un pacto de mutua amistad y convivencia pacífica. Sólo pueden residir en este planeta aquellos que vengan con el ánimo limpio y abierto a la paz. Podemos vivir todos; hay espacio suficiente, pero la condición precisa, ineludible, única, es la paz. Y el que la desea, dice siempre la verdad y es sincero y amigo de todos. Si alguno no se siente con fuerzas suficientes para cumplir estas condiciones, vale más que se vaya, ahora que es tiempo. Somos muy poderosos, pero deseamos emplear nuestro poder en cosas beneficiosas; no deseamos la destrucción de nadie, sino la vida en paz de cuantos la deseen así. Eso es todo.

La «voz» del cristal rojo se extinguió en medio de un torrente de armónicas melodías que fueron desvaneciéndose poco a poco, hasta volver al silencio.

Boston abrió los ojos. Claramente, pudo darse cuenta de que todos cuantos estaban allí habían escuchado la comunicación del rubí.

—Ya lo sabe usted, capitán —dijo, mirando a Hillbry—. Vivir en paz, es lo que importa. Y considerar que estos cristales son seres vivos, inteligentes, tan dignos de ocupar un lugar en este planeta como nosotros mismos.

Hillbry suspiró.

—Sí, lo que acaba de pasar me ha convencido por completo. Tenía informes acerca de lo que podía encontrarme aquí, pero he podido ver que la realidad supera a todo cuanto sabía. —Movió la mano y dos de sus hombres se llevaron el cadáver de Letourneur—. Bien, en lo que a mí respecta, quedan libres por completo, señor Boston. Y ahora, ¿dígame, qué es lo que piensan hacer?

Boston miró a la joven.

—Se me está ocurriendo una idea —dijo.

Ella sonrió radiante.

—Creo que yo también estoy pensando lo mismo, Rhinn.

—Sí. ¿Para qué perder el tiempo, viajando a la Tierra, si luego tenemos intención de volver aquí? No sea que luego no

encontremos plaza en ninguna astronave y…

—Eso mismo es lo que yo pensaba decirte, querido —le interrumpió ella.

—Bien, entonces, sólo tenemos un pequeño problema, pero creo que el nuevo comandante de la nave recién aterrizada podrá resolverlo. Me imagino —agregó Boston—, que en sucesivas expediciones vendrá algún sacerdote y celebrará la ceremonia.

—Tienes un pico de oro. —Ella rió jubilosa. Se agarró con fuerza a su cintura y miró al capitán Hillbry—. Haga el favor de presentarnos al comandante de la astronave; tenemos que pedirle algo.

—Con mucho gusto —sonrió el oficial.

Pentsakoff se unió a ellos.

—Como superviviente de la «Columbia II» reclamo el derecho de entregar a la novia —dijo—. Y de besarla el primero, por supuesto.

—Concedido —dijo ella.

Pero su sonrisa de felicidad iba dirigida al que dentro de unos momentos iba a ser su esposo.

* * *

Más tarde, convertidos ya en marido y mujer, estrechamente enlazados, vagaron por la arboleda próxima, solos, lejos de la muchedumbre de soldados y especialistas de toda clase que habían desembarcado. Guardaron silencio, sumidos en su felicidad.

De pronto, al rebasar un frondoso arbusto, vieron al cristal rojo.

—¡Rhinn, míralo, está ahí! —exclamó ella.

Y con súbito impulso, echó a correr.

Boston se unió a ella casi al instante. Al ver que Omega levantaba su mano para acariciar la centelleante superficie del cristal, lanzó un grito.

—¡Cuidado, Omega!

—No me hará nada —sonrió ella con dulzura. Su mano se paseó con infinita suavidad por una de las pulidas caras del octaedro rojo.

El brillo del cristal aumentó de pronto. Osciló varias veces, como si le agradara sentir el contacto de la mano de Omega.

—Dice que sí —exclamó la joven.

Se puso en pie y se abrazó a su marido.

—Quiero vivir aquí siempre, a tu lado, Rhinn.

El joven acarició sus cabellos.

—Es lo mismo que pienso yo, querida.

El cristal desapareció de súbito. Una intensa paz descendió en el acto sobre las almas de los dos esposos.

FIN